La señora Sabasa García Wáshington, Galería Nacional de Arte retrato con el que el artista rinde homenaje a la gracia natural de esta joven dama. Es sutilísima la interpretación de la figura, de una femineidad severa y empañada por la sombra de una dolorosa soledad.

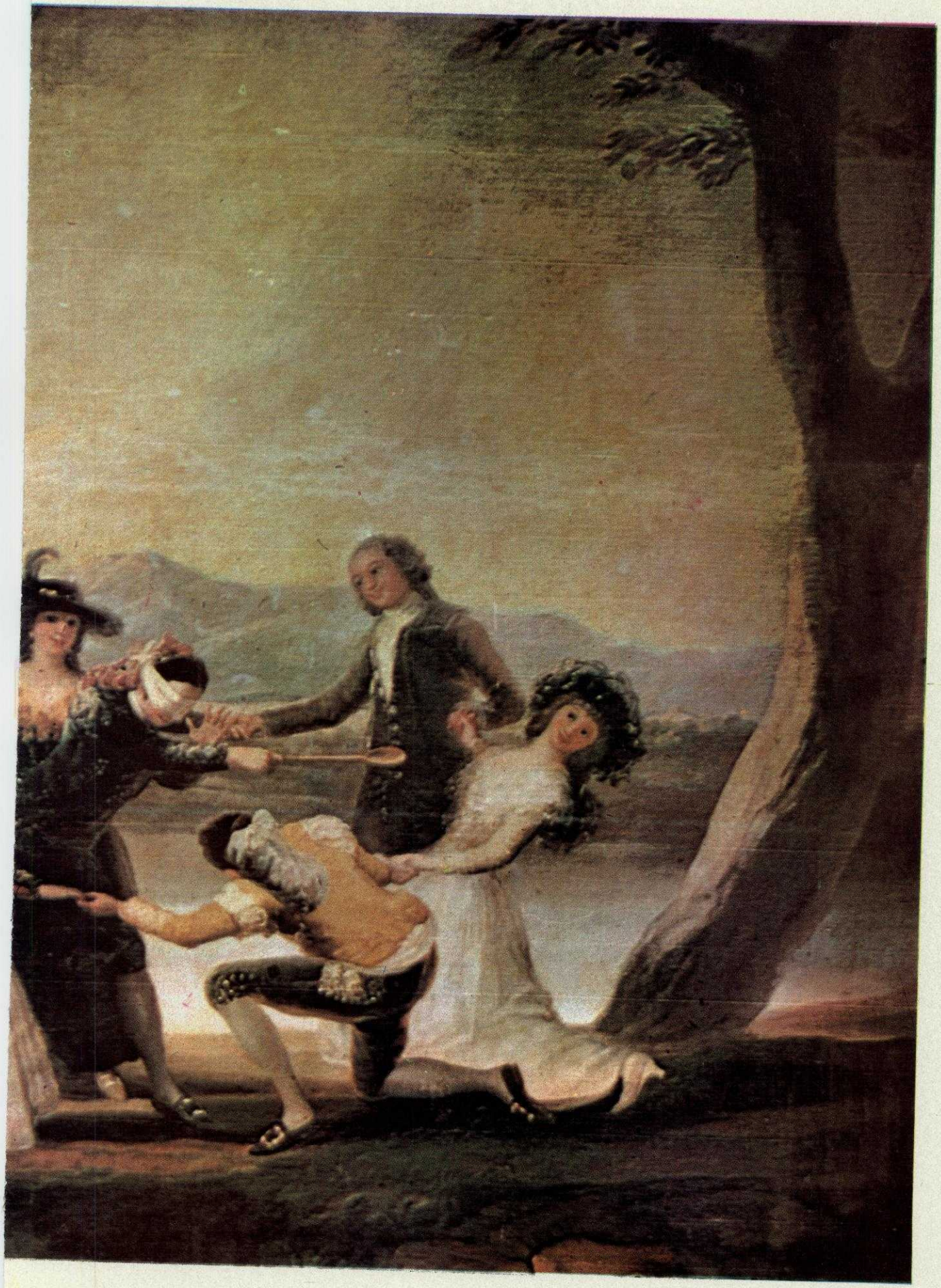
da en revelársele, provocando su crítica y su desprecio. Los retratos sucesivos, en donde la paleta se va embelleciendo en la busca de los acordes más raros, con los matices, típicos en él, de la grisalla, expresan esta contrastada actitud suya; espléndidamente aduladores en cuanto al ropaje, destacado sobre un fondo neutro que subraya su suntuosidad, son ambiguos y desconcertantes en lo que respecta a las fisonomías. La obra maestra de la serie es el gran retrato de la familia real, pintado en el Real Sitio de Aranjuez en 1800. Resulta difícil decir si la despiadada ironía con que el artista estigmatiza los vicios y las flaquezas de sus augustos modelos, bajo el fastuoso ropaje de gala y de regia dignidad, fue plenamente consciente: como siempre, Goya interpreta instintivamente la realidad y la traduce en un crescendo prodigioso de colores, de oro y de perlas, en una hechicera combinación de lenguaje áulico y protocolar y de sátira sin reticencias. Pero en aquella época, Goya ya no es el joven entusiasta e ingenuamente ávido de sensaciones de los primeros años madrileños; desde 1793, a causa de una larga y grave dolencia, está encerrado para siempre en la cárcel del silencio. Completamente sordo, habiendo sufrido hasta lo más hondo pruebas físicas y morales, ve cambiar el mundo en torno de él. Sus facultades críticas, agudizadas por el sufrimiento y por el aislamiento que le impone la sordera, le revelan por debajo del brillante barniz, la decadencia, las necias supersticiones, las hipocresías de la sociedad en que vive y que, sin embargo, ha amado tanto. Y he aquí que surgen de este nuevo estado de ánimo los aguafuertes de los *Caprichos,* sátiras eficaces y punzantes como un epigrama, extraordinarias por el incisivo trazo que saca el máximo partido del contraste violento del blanco y el negro, galería impresionante de vicios, en que todo el mundo es condenado y escarnecido. Moralidad y pesimismo, caracteres típicos del alma española, aparecen juntos en la serie de los *Caprichos;* pero el arte soberano de Goya hace de ellos simples pretextos para afirmar, en términos de comprensión universal, su soledad humana y su desconfianza en la sociedad. Sin embargo, Goya no se resigna a la desesperación; la vitalidad de su pueblo, la fisonomía más auténtica y genuina de España, le seducen una vez más y es a este pueblo original e incomprendido, en sus mil aspectos de miseria y de inextinguible ardor vital, al que pide inspiración para realizar una de sus más

Detalle de "Los fusilamientos del 3 de mayo".

exaltadas obras maestras, la decoración al fresco de la ermita de San Antonio de la Florida, ejecutada en 1798. En torno al milagro del Santo se congregan en masa, detrás de una barandilla fingida, las mil figuras de la multitud cotidiana madrileña; majas, mendigos, chiquillos, niñas, cada cual en su actitud más típica y espontánea. Asombro, emoción, curiosidad, indiferencia alternan en sus rostros, dictan los ademanes de los personajes, en un arrebatador crescendo expresivo creado por la fulmínea rapidez de la pincelada, por la magia del color denso o fluido, aplicado en manchas, en estrías o en trazos finísimos, y desde lo alto de la cúpula, entre aleteos de tenues velos, una lluvia de ángeles irradia inocencia y esperanza sobre esa multitud conmovida y desordenada, formando algo así como un lazo de unión entre la tierra y el cielo.

En los primeros años del siglo XIX, Goya se encuentra en plena actividad, aunque han disminuido los encargos oficiales de la Corte. A varios personajes de la alta sociedad están dedicados algunos de sus más bellos retratos —¿cómo olvidar la sutil sinfonía de grises de madreperla de la *Dama del abanico,* hoy en el Louvre, o la angustiosa dulzura de ese melancólico rostro de chiquilla que es el de la *Señora Sabasa García?*—. La madrileña ambigua y seductora le inspira los dos célebres lienzos de la *Maja vestida* y la *Maja desnuda,* cálidas e inquietantes imágenes de una femineidad sensual y misteriosa. Y —testimonio de la diversidad de sus intereses— la crónica de los sucesos corrientes le inspira numerosas obras, caracterizadas todas ellas por la agudeza con que el pintor destaca lo gracioso, lo patético o lo grotesco de cada episodio.

Entre tanto, a su alrededor, los acontecimientos se precipitan: en 1808, el gobierno de Carlos IV cae y Goya, amigo, sin embargo, de los liberales, partidario él mismo de una reforma política, se da cuenta de que la invasión francesa no es mejor para España que el absolutismo de los monarcas. Prudente y reservado en su comportamiento público, mantendrá su posición en la Corte, tanto bajo José Bonaparte como cuando Fernando VII recobra el trono después de la expulsión de los franceses. Pero esos años de revueltas y de violencias, años de luto para España, han marcado para siempre a Goya. De allí en adelante, en su pintura no se leerá sólo ironía, desconfianza, tristeza, sino también pesadilla angustiosa, pavor y profunda amargura. En 1809, su *Coloso* preanuncia con sus tonos sordos y tétricos y por la sensación de oscura amenaza que pesa sobre el ambiente, la obsesión de las pinturas posteriores; después de 1810, los aguafuertes de *Los desastres de la guerra* expresan el horror de los trágicos días de las guerrillas. En 1814, en una España libertada en apariencia por el retorno de Fernando VII, Goya pinta dos cuadros históricos: *El dos de mayo* y *El tres de mayo,* que evocan el levantamiento de los españoles en la Puerta del Sol y el sucesivo fusilamiento de los rebeldes. Jamás se ha lanzado un grito más sublime en nombre de los



NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

PUBLICACION CULTURAL DEL
FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA, A. C.

"Por el engrandecimiento de la Cultura Hispánica"

TERCERA EPOCA **Marzo-Abril 1968** **No. 222**

La Gallina Ciega-Goya-Madrid, Museo del Prado

El Coloso
Madrid,
Museo del Prado
Con extraordinaria intensidad expresiva, el artista, inspirándose en los horrores y las crueldades de la guerra, sugiere en el lienzo sensaciones de un peligro desconocido e inminente del que el hombre intenta inútilmente librarse.

principios eternos de la libertad humana, una condenación más apasionada de la opresión, de la injusticia, de la inútil violencia. Todo es símbolo y todo es una concreta y patente evidencia en esas dos obras: los colores exaltados y estridentes, el arrebato convulsivo de las masas en la escena del alzamiento y la actitud del condenado —acto final de desesperación y de reto que ni siquiera la muerte podrá borrar—, en los fusilamientos del 3 de mayo. En este cuadro, que no tiene parangón en la historia de la pintura por su fulgurante potencia dramática, una noche trágica domina la escena; los soldados, que se recortan en siluetas idénticas y, como de madera, en posición de tiro, son sombras amenazadoras en la penumbra, símbolos del mal, anónimo y bestial, que cae sobre la humanidad; la sangre de los muertos ha empapado la tierra y ahora corre en regueros rojizos; y al pie de una árida colina, entre los rostros aterrados de los que presencian la ejecución, el condenado aparece iluminado por el fulgor deslumbrante de un gran farol: sus brazos abiertos perforan las tinieblas, su figura blanca y luminosa se recorta sobre la mancha sombría del fondo, como si la victoria fuera suya, como si el invencible afán de vida y de justicia que es propio del hombre tuviese que triunfar sobre todo el horror que hay en torno de él.

Con la vuelta de Fernando VII, no terminan las horas de angustia para España. Reanudando una despiadada política absolutista, el rey persigue a todos los que sustentan ideas liberales: el propio Goya se siente inseguro, frecuenta menos la sociedad y, en 1819, compra una casa en las afueras de Madrid, donde se retira a vivir, probablemente ese mismo año. Está solo, ya que su esposa ha fallecido en 1812 y su hijo Javier se ha casado hace algunos años. Llevan la fecha de 1819 dos cuadros religiosos ejecutados para las Escuelas Pías de San Antonio: la *Última comunión de San José de Calasanz* y *Cristo en el huerto de los olivos,* pinturas de angustia y de fe, donde el viejo pintor parece haber recordado la obsesión mística del Greco para llevarla hasta un paroxismo de drama humano y divino. Pero la medida del Goya de esa época nos la da la serie de las composiciones que pintó, en un ímpetu de alucinante furor, en las paredes de su casa y que se conservan ahora en el Museo del Prado: son las llamadas "pinturas negras", escenas de brujerías y de exorcismos, de locas supersticiones, de delirio. El mundo de lo irracional, libertado ya en los *Caprichos,* en que

Francisco de Goya y Lucientes genio incomprendido

aparecen figuras monstruosas, animales volantes, escenas de demencia colectiva, se reviste aquí de sus aspectos más obsesivos; colores incomparables, hechos de gélidos blancos, de negros densos, de ocres frotados con violentas pinceladas de rojos y de amarillos intensos, construyen imágenes de pesadilla, proyección directa e inmediata de los más recónditos y aterradores trastornos del inconsciente. Con estos trozos de poesía altísima y horripilante, Goya ha llevado a cabo su misión. Su lenguaje pictórico, que todo lo somete a las exigencias subjetivas del artista y que utiliza el tema tratado para expresar la inquieta y tormentosa vida interior de Goya, es una puerta abierta a todas las conquistas artísticas posteriores. Sin embargo, el pintor, que casi ha alcanzado los ochenta años de edad, aún tiene algo que decirnos: en 1824, ansioso de huir de las represiones reanudadas violentamente en España, consigue permiso para trasladarse a Francia y allí, después de pasar unos meses en París, se establece en Burdeos. Conviven con él otros refugiados, y entre sus amigos, en un país lleno de vida espiritual, recobra la serenidad, el amor y el interés por todo lo que le rodea. Descubierta la técnica de la litografía, la emplea de modo magistral, aprovechando todas las posibilidades del claroscuro, y crea la magnífica serie de la *Tauromaquia*. Sigue pintando, y aunque la vejez y las enfermedades han agobiado su cuerpo, su mano no conoce flaquezas. Los límpidos cielos de Francia, el rostro lozano de la juventud, los tiernos colores de la primavera lo conmueven todavía hondamente. En 1827, un año antes de su muerte, en la figura de *La lechera de Burdeos* vuelve a encontrar el fluido azul de sus primeros cartones madrileños; y un milagro hace reflorecer bajo su pincel, en ese hermoso rostro de muchacha, la sonrisa, el encanto, la confiada esperanza que se veían en sus obras juveniles. La imagen de la lechera tiene la belleza radiante e incontaminada de la aurora; como el fondo que se abre a sus espaldas, su ropaje refleja claridades de agua de mar. Y la prodigiosa seguridad de la técnica, la factura rítmica, de toques rápidos y generosos, la concordancia entre la figura y la atmósfera, la materia sensible bañada en luz, hacen de esta obra el primer cuadro impresionista pintado en tierra de Francia. Último testimonio de un genio cuya existencia terrena está por terminar; pero que hasta el fin conserva intacta la plenitud vital y la esplendorosa felicidad creadora de la juventud.

EL JUICIO DEL SIGLO XX

por Julio E. PAYRÓ

Goya

"El picador", de la serie de la Tauromaquia. Nueva York, Museo Metropolitano.

EL gran público no se sorprendería de que la pintura de hoy sea tan distinta de la de ayer, si meditara sobre los numerosos ejemplos que la historia ofrece acerca de cambios radicales que se han producido en el arte, en sucesivos períodos, como consecuencia de transformaciones culturales que fueron el reflejo de alteraciones profundas de la mundividencia colectiva. Por sólo citar dos ejemplos, véase lo que ocurre en el campo de las artes cuando se derrumba el Imperio Romano y la sociedad se transforma por la doble y compleja acción de los bárbaros y del cristianismo, o lo que sucede cuando pasamos de la Baja Edad Media gótica al Renacimiento. En uno y otro caso, la expresión, el lenguaje artístico, se modifica profundamente, y no por el capricho de un artista innovador, sino como lógica respuesta a nuevos rumbos del pensar y del sentir humanos. Es así como cada época posee su propio estilo artístico, creado o asimilado por sus mejores representantes, pintores, escultores o arquitectos. Ese estilo no es antojadizo, sino que refleja cabalmente los rasgos peculiares de cada momento cultural y las inquietudes dominantes de la sociedad de cada período determinado. Sin duda, pueden aparecer, al margen del estilo de un tiempo, obras de arte disidentes, productos de mentes ora geniales, ora extraviadas —como sucede, verbigracia, en el caso del italiano Archimboldo que, en pleno siglo XVI, cultiva una especie de superrealismo—, pero vistas en la perspectiva histórica, revelan la incompatibilidad de sus autores con el espíritu de su época y su inadaptación al medio. La obra de Goya es uno de los ejemplos más significativos del singular proceso por el cual un gran artista altera por completo su estilo personal, y no por baladronada, desplante o travesura, sino por una imperiosa necesidad interior, al producirse el brusco salto —llámese crisis o ruptura— de un período histórico a otro. En efecto, en Goya encontramos sucesivamente a un pintor que es muy del siglo XVIII, animado por una larga tradición que se origina en el Renacimiento, y a otro artista totalmente distinto, cuyas creaciones preanuncian un mundo nuevo.

No es mera casualidad que las pinturas de Goya anteriores a 1789 sean distintas de las que ejecutó después de esa fecha fatídica. Y ese cambio no es, como algunos podrían suponerlo, consecuencia exclusiva de circunstancias de índole privada, ni de su enfermedad y su sordera, aunque éstas aguzaron sin duda su sensibilidad y lo encauzaron hacia una más dramática interpretación del mundo. En 1789, Goya no era un artista en formación, insuficientemente madurado y, por ende, abierto a cualquier corriente artística, sino que tenía 43 años de edad, era pintor de Camara del rey Carlos IV y había demostrado poseer un estilo pictórico definido. Pero aquella fecha marca el derrumbe de todo un sistema y de un estado social —sistema y estado que encuentran su reflejo artístico en el estilo rococó—, y el comienzo de la época contemporánea, tan diversa de la anterior que, inmediatamente, aparece necesitada de un nuevo lenguaje expresivo en el cual halle su auténtica traducción.

Pese a esa necesidad, la época contemporá-

Doña Isabel Cobos de Porcel. Londres, Galería Nacional.

nea se inicia sin el lenguaje ambicionado, porque sus rasgos todavía son bastante indefinidos y porque los artistas realizan tanteos en direcciones a menudo equivocadas. Todos sienten la necesidad de un cambio de expresión, pero en su mayoría carecen de la visión y de la energía necesarias para transformar decididamente sus enfoques. Así es como, en el inquieto momento inicial, no asistimos a auténticas innovaciones en el campo del arte, sino que comprobamos una serie de intentos de retornos a estilísticas del pasado: la de la Antigüedad grecorromana, la del Gótico, la del Barroco. Goya se presentará entonces como el verdadero innovador, el que nada pide a los siglos transcurridos sino que crea un inédito modo de expresión, de marcado acento romántico, como intuyendo, precisamente, que la tónica del siglo XIX va a serle dada por el Romanticismo.

Dentro de una personalidad y una originalidad que nadie puede discutirle, Goya ha sido primero un caracterizado pintor rococó, totalmente adherido al espíritu dominante de la centuria en que nació. Se ha inspirado en sus grandes contemporáneos, en los franceses (Boucher), los ingleses (Reynolds), los italianos (Tiépolo, Piazzeta) y los mismos españoles (Paret y Alcázar). Ha sabido eludir hábilmente la pedantería neoclasicista de Antón Rafael Mengs y ha evocado a Velázquez, a quien debe, junto con su paleta de finos grises, esa "visión distante" del pintor —el mal llamado "impresionismo" velazqueño— que permite evitar la filigrana de los detalles menudos para representar el objeto real, tal como se lo ve de lejos, envuelto en la atmósfera y acuchillado por la luz. Su temática es popular, amable y sonriente, no muy diversa de la de Fragonard. Goya es entonces un hombre satisfecho y sin problemas, orgulloso de su ascenso social, de su reputación, de su contacto íntimo con la realeza ante la cual se prosterna. Léanse, a este respecto, sus sabrosas cartas a Zapater, el amigo de la infancia.

Esa pintura rococó de Goya tiene continuidad estilística desde los días en que pinta el cartón del Quitasol *hasta —con intermitencias— los prodigiosos frescos de San Antonio de la Florida. Destrezas del pincel, colorido claro y purísimo, composición de ritmos danzarines, gracia, elegancia, sonriente adhesión a la vida. Es una pintura delicada y frágil, exquisita, espontánea y lujosa, que asociamos sin esfuerzo con la porcelana, el palanquín, el palacete, los encajes, las sedas y las cajas de rapé de los aristócratas del antiguo régimen. Antes de saber que es de Goya, al verla sabemos que es obra del siglo XVIII.*

Pero examinemos El aquelarre. *Lo que fue destreza es ahora violencia, lo que era color es sombría y quebrada amalgama de aquello que Van Gogh había de llamar más tarde las "tintas mocosas", las desheredadas consecuencias de la promiscuidad cromática. Las figuras se apelotonan en un haz tan denso que excluye el movimiento; la gracia y la elegancia han cedido el lugar a una expresión deliberadamente rústica y agresiva, y la sonrisa de ayer es hoy una mueca terrible.*

Esa "pintura negra" de Goya le ha sido impuesta por un cambio de escenario. Ha vivido los

El juicio del siglo XX

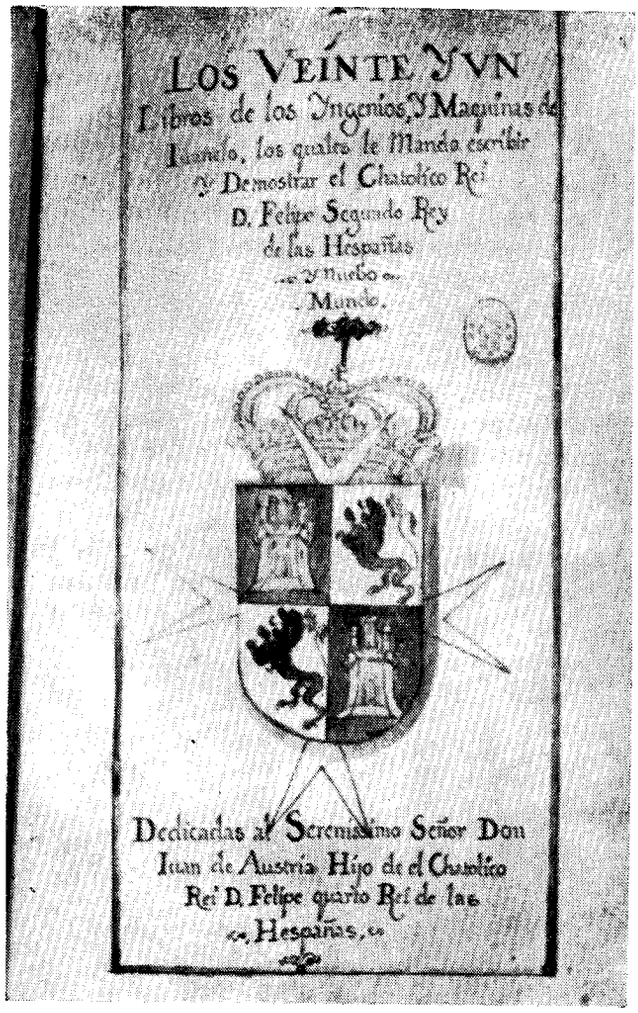
días de Godoy, de la guerra con Francia, pronto transformada en alianza con la vecina República, el desastre de Trafalgar, la conspiración de Aranjuez, la caída de Carlos IV, la invasión napoleónica y el regresivo retorno de Fernando VII. El mundo dieciochesco se ha derrumbado —con él muere el Goya rococó—y la época contemporánea se ha hecho presente en España arrancándole un grito desgarrador de alumbramiento.

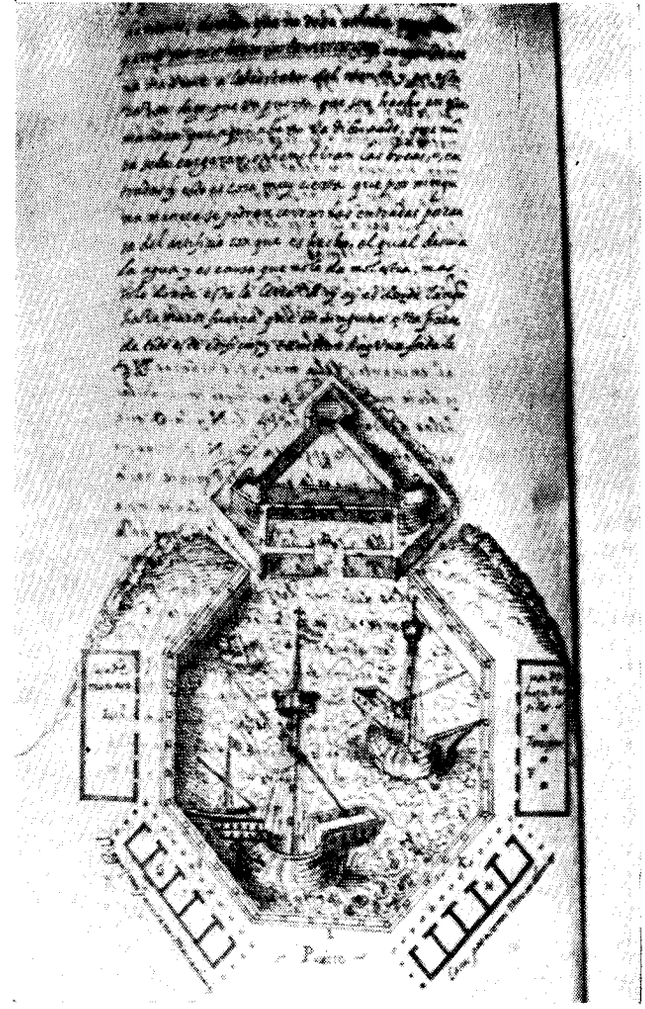
Goya ve ahora más allá de sí mismo, comprende mejor lo que sucede, avisora el porvenir y, en una sociedad en que se exaltará el individualismo, se hace un lenguaje pictórico individual, independiente de todas las corrientes del pasado inmediato y también de la hora misma que está viviendo, para adelantarse a todos sus contemporáneos y proponer a los pintores del incierto porvenir, a cambio de las imágenes facsimilares que se venían trazando en el lienzo desde siglos atrás, formas expresionistas liberadas de la respetuosa transcripción de lo real. El vuelco de Goya, el pintor, asoma ya en el Goya grabador. Una estampa tan temprana como la titulada El agarrotado *—ejecutada alrededor de 1780 y, sorprendentemente, cuando el genial aragonés estaba más sometido al influjo de Velázquez— nos hace vislumbrar la transformación que está por operarse en el estilo goyesco. Luego de esa terrible imagen del ajusticiado vendrán los* Caprichos, *los* Disparates, *los* Desastres de la Guerra *y, finalmente, las pinturas de la "Quinta del Sordo", última confirmación de aquello que Goya presintió al grabar su primer aguafuerte original, en aquellos días en que, pintor, todavía cantaba el donaire de las majas y la petulancia de los toreros. En ese siglo XIX que lo vio transformarse y morir, no sin dejarnos el legado imperecedero de su último "idioma" pictórico, Goya no tuvo discípulos españoles dignos de él. Eugenio Lucas lo copió obedientemente, sin llegar a su altura, y Alenza deformó su estilo con caricaturesca torpeza. Francia fue su gran heredera a través de Delacroix, Daumier, Courbet y Eduardo Manet, mientras en Holanda, por caminos diversos, Van Gogh intuía soluciones plásticas similares a las de las "pinturas negras" para sus cuadros inspirados en la vida de los campesinos. Pero ha sido el siglo XX, en su larga y accidentada línea expresionista, el que ha recogido con especial fervor, aunque no siempre con acierto, y casi nunca con originalidad, la lección de la "Quinta del Sordo". Goya, el del siglo XVIII, es reverenciado, como lo merece, en los museos. El otro Goya, el patético, resuena en muchas almas del presente. Reconocemos su lenguaje, con frecuencia exagerado, deformado, a veces desvirtuado también, en las obras de los expresionistas abstractos, las del "nuevo realismo", las de la "nueva figuración". En un mundo que se abría a la libertad, el aldeano de Fuendetodos, dotado de una fuerza creadora especialmente propia del genio popular, abrió las puertas a una forma pictórica independiente, cuyo rastro encontramos en Nolde y en Soutine, en Picasso, en De Koonning, y en sus innumerables saqueadores y secuaces de la más rabiosa actualidad.*

Tan prolongada es la vigencia de ese mensaje que en un siglo y medio no ha perdido su honda significación humana.

LOS LEONARDOS Y OTROS MANUSCRITOS DE LA NACIONAL

POR JOSE IBAÑEZ CERDA





Proyecto de fuerte fortificado.—Juanelo Turriano

La historia de la ciencia en Europa cuenta en las bibliotecas españolas con piezas documentales básicas para su estudio. Ciencia y técnica fueron unidas en su desarrollo y evolución. La proyección expansiva de la historia política de España en tiempo de la Casa de Austria coloca a sus hombres y a sus Reyes en contacto constante con los pueblos de una Europa vivificada en su comercio, en su cultura, en su expansión económica, por los medios de pago, los productos y bienes de consumo que aportan las nuevas tierras descubiertas.

Al servicio de España se incorporan técnicos, ingenieros, arquitectos y, sobre todo, artistas, que colaboran con sus obras a dar el ambiente de finura y evolución de su Corte y sus ciudades. El contacto con Italia fue, si cabe, mucho más íntimo y

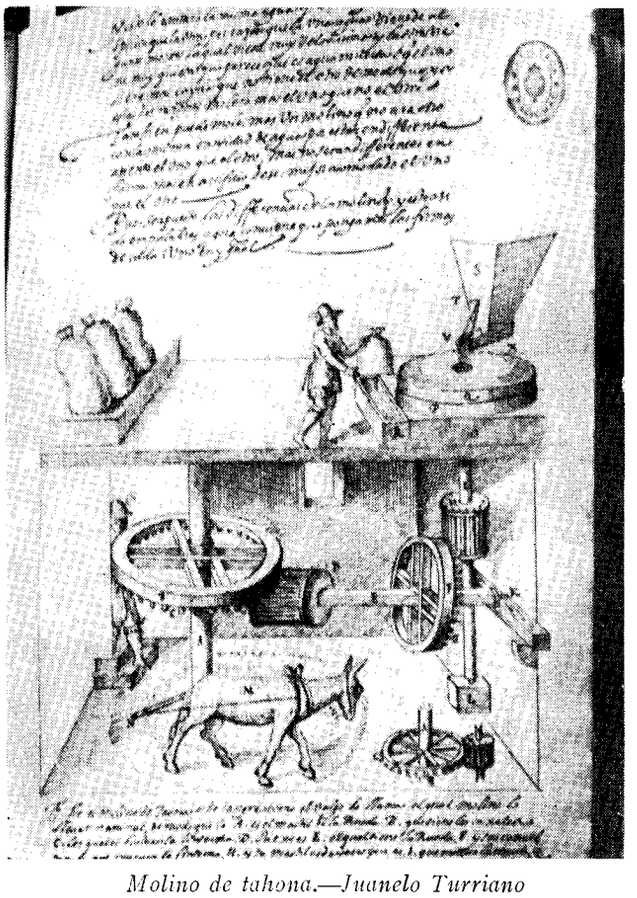
Reloj de agua.—Juanelo Turriano

Grúa para subir materiales.—Juanelo Turriano

constante; sus técnicos fueron cantera continua para contratar hombres que levantasen modernas fortificaciones en cortes y ciudades de España y sus Indias, para defensa de sus habitantes y ciudades de asaltos turcos en Europa y piratas en las provincias y reinos.

Ciudades, con su plaza Mayor, las Casas del Cabildo y la Catedral, sus calles en ángulo recto, caminos, acueductos, desagües, castillos, puertos y fuertes. Se guardó siempre el recuerdo de la imperial Roma y sus tratadistas; más en la penumbra, Grecia y sus hombres, Arquímedes, Aristóteles, filosofía, ciencia, técnica; el hombre en constante afán de superarse.

Los Reyes de la Casa de Austria, grandes amantes de las obras de arte y protectores de los artistas, proyectaron su amistad personal hacia ellos de manera habitual. A esta feliz cualidad debemos encontrarse en España los códices de Leonardo de



Molino de tahona.—Juanelo Turriano

Vinci y otros más, como los de Giannello della Torre o, españolizando su nombre, Juanelo Turriano, de los que vamos a hablar.

No hemos de olvidar que en la actual Biblioteca Nacional y el Museo del Prado se acumulan las compras y desvelos de los Reyes; siglos de constantes adiciones a las reales colecciones, viajes, afanes continuados, costosos gastos, han reunido tan asombrosas joyas artísticas.

Encuadernados en rojo tafilete, con hierros dorados, típica vestidura de los fondos de la Real Biblioteca, existen dos volúmenes que contienen maravillosamente conservados escritos de manos de Leonardo de Vinci. Allá se incorporaron desde su fundación procedentes de la llamada Biblioteca de la Reina Madre, uno con el título *Tratados varios de fortificación, estática y geometría,* de 157 folios, fechado en el año 1491, y otro, con el de *Tratado de estática y mecánica,* de 191 folios, también como el anterior, con fecha claramente escrita por Leonardo: "ad primo di genaio 1493", y en su parte alta, la ingenua "de Leonardo de Vinci pintor famoso".

Mas ¿cómo habían llegado allí? Veamos. A Felipe II, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de Valencia, de Nápoles, de Sicilia...; duque de Milán, de Flandes, etc., según dice su título grande, rodeaban artistas, unos ocupados en El Escorial y su decoración, otros en la Corte, como pintores reales. Entre ellos, Pompeyo Leoni contaba con la amistad y el afecto del Rey; su afán coleccionista le impulsaba a reunir pinturas, diseños y manuscritos de artistas, afición heredada de su padre, el gran escultor del Emperador, León Leoni.

Un extraño suceso vino a turbar sus sueños de artista. Horazio Melzi, jefe de la familia, había donado manuscritos de Leonardo a Ambrosio Mazzenta. En Vaprio sull'Adda se encontraban los apuntes que el artista había legado a su discípulo predilecto, Francisco Melzi, Pompeyo Leoni prometió a Melzi asiento en el Senado de Milán si le facilitaba los 13 volúmenes de escritos leonardescos; él deseaba regalarlos al Rey —lo que no hizo—, entonces el duque de Milán.

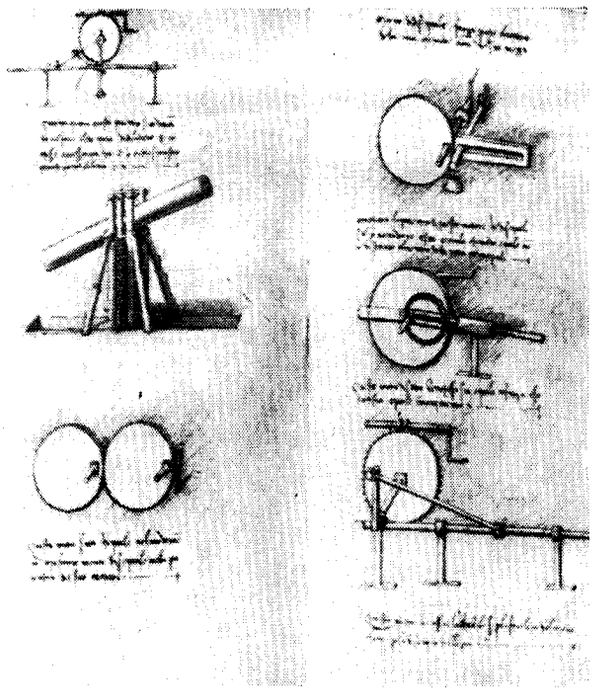
Melzi consiguió sólo la devolución de 7 de los 13 libros. Leoni obtiene otros tres; con ellos forma dos gruesos volúmenes, uno de gran tamaño, el llamado *Códice Atlántico,* y formando con la mayor parte de diseños de arte y anatomía otro códice; el llamado *Atlántico,* vendido por el heredero de Leoni, Cleodoro Calchi, fue vendido a Galeazzo Asconati, que con otros 11 que logró reunir los donó a la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

El otro volumen procedente de la herencia de Leoni parece que volvió a España y allí fue adquirido para el Rey de Inglaterra por lord Arundel, que en su nombre reunía manuscritos de De Vinci.

¿Y nuestros manuscritos? Indudablemente, se trata de los dos volúmenes que poseyó don Juan de Espina, y que procedían de la venta de la colección del conde de Villamediana, a su violenta muerte "con ballesta valenciana". De ellos nos habla Carduccio en su *Diálogo de la pintura,* editado en Madrid en 1633. "Allí vi dos libros —en casa de Espina— dibujados y manuscritos de mano del gran Leonardo de Vinci de particular curiosidad y doctrina; que a quererlos feriar, no los diera por ninguna cosa el Príncipe de Gales en esta corte. Mas siempre los estimó solo dignos de estar en su poder, hasta que, después de muerto, los heredade el Rey, nuestro Señor...". A manos de Felipe IV vinieron a parar al fin y a su Real Biblioteca. El extraordinario personaje añadía a este legado testamentario: "Que a su Magestad se le den 24 instrumentos músicos exquisitos que tiene y el cuchillo y venta con que degollaron a Don Rodrigo Calderón".

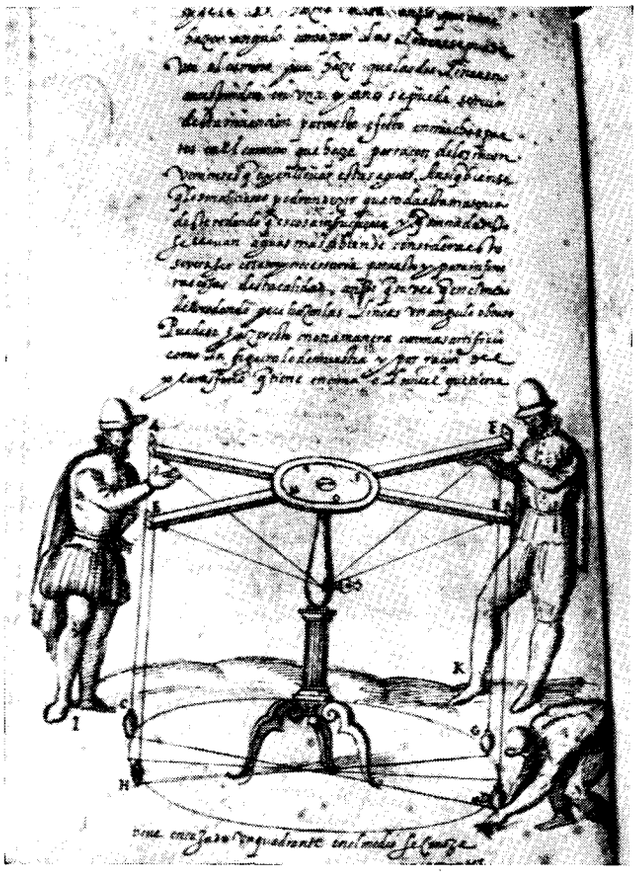
La obstinación de don Juan y su resistencia a aceptar las ofertas de la Corte de Inglaterra, proseguidas durante años, conservaron para nuestra patria los dos volúmenes.

Los códices de Leonardo están formados, sobre todo, por apuntes en los que reseñaba sus pensamientos y opiniones de manera rápida, improvisada

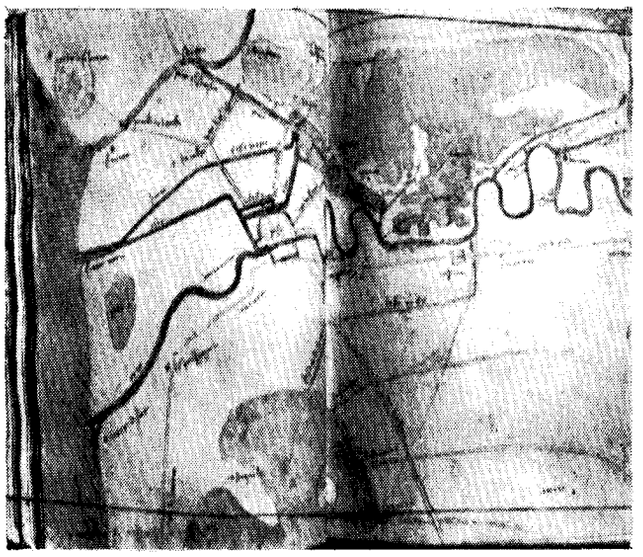


Trasmisión de movimiento por rueda dentada. Leonardo de Vinci.

como recuerdo. Otros tienen más unidad, formando verdaderos tratados científicos. La mezcla de asuntos es normal en ellos. El artista llevó con él a Francia, a su última residencia de Amboise, la mayor parte de sus papeles. Los tuvo antes depositados en Santa María Novelle. Con estos traslados empezó la dispersión de los escritos hoy en día conservados en Francia —botín de guerra de las tropas napoleónicas—, Italia e Inglaterra adquiridos por la Corte de Inglaterra en España e Italia.



Aparato de nivelación.—Juanelo Turriano



Curso del río Arno desde Florencia a Pisa.

En 1530, Carlos I el Emperador era consagrado en Bolonia. Allí le presentaron un famoso relojero, Giannello Torriani, hábil mecánico, que pronto entró en el círculo íntimo de palacio, donde construyó y reparó excelentes mecanismos de relojería. Le acompañó hasta su muerte, en 1558, siguiendo al servicio de su hijo Felipe II.

Su vida entera dedicada al servicio de los Reyes de España le permitió realizar obras de tal importancia como el abastecimiento de la imperial Toledo con aguas del Tajo, elevadas con un complicado mecanismo llamado el "artificio de Juanelo"; funcionó desde 1569. En 1575 se ordenó aumentar el volumen de agua elevada; este segundo ingenio funcionó en 1581 y estuvo en uso hasta 1598, siendo destruido por una riada. Reparado, funcionó desde 1608 a 1626, y continuó prestando servicios hasta 1639.

Igualmente en la Biblioteca Nacional, y formando un códice de cinco volúmenes, figura un manuscrito con el título: *Los veinte y un libros de los ingenios y máquinas de Juanelo, los quales mandó escribir y demostrar el Catholico Rey D. Felipe II Rey de las Españas y Nuevo Mundo.*

Con una dedicatoria a Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Aparece una segunda dedicatoria: "a Felipe II por mano de Don Juan Gómez de Mora".

Fue adquirido para la Real Biblioteca en 1777, y su publicación, recomendada por su bibliotecario don Juan de Santander, con favorable informe del catedrático de Matemáticas don Benito Bails, lo que no se verificó por razones diversas.

Técnicamente es del mayor interés, por la belleza de sus grabados y la riqueza de vocablos técnicos de su época. Se notan dos manos distintas en su bella escritura; con toda probabilidad se trata de copia mandada realizar por Gómez de Mora, manteniendo el texto de Turriano y sus ilustraciones. La materia de que trata es la arquitectura hidráulica, conducciones de aguas, acueductos, molinos, puertos, puentes, etc.

Todo el Renacimiento se transparenta en sus páginas, que sin embargo, no contienen invenciones y nuevas máquinas como en Leonardo.

La publicación de estas y otras obras contribuiría sin duda al conocimiento de la ciencia, que en estos siglos no conoció en Europa fronteras políticas, manteniendo una asombrosa unidad en el recuerdo del mundo clásico.

De la Historia

Los adioses de Bruselas

Su majestad Carlos V.

por Edmonde CHARLES-ROUX,
de su libro
DON JUAN D'AUTRICHE
versión de Juan DE SAN MIGUEL.

En el número 219 de NORTE, tuvimos el gusto de ofrecer a nuestros lectores un artículo del príncipe Otto de Habsburgo, titulado ¿QUIÉN FUE CARLOS V? en una versión de Juan de San Miguel.
Hoy nos complace ofrecerles LOS ADIOSES DE BRUSELAS, tomado del libro de la laureada escritora francesa Edmonde Charles-Roux titulado DON JUAN D'AUTRICHE, que esperamos sea del agrado de todos, dado que se refiere a esa gran personalidad como fue la de Carlos V de Alemania y I de España, cuya vida todavía dejar sentir su influencia en los destinos del mundo.

Le decían "el viejo rey" y era un hombre que había nacido con el siglo y que tenía entonces exactamente cincuenta y cinco años. Pero Carlos V representaba en aquella época veinte años más de los que en realidad tenía. Sus pasos eran los de un enfermo; sus cabellos estaban blancos de canas, sus manos y sus pies estaban deformados por la gota. Se expresaba con dificultad porque le faltaban todos los dientes.

Su decisión de abdicar había sido tomada hacía ya un año. Hablaba de ella sin que sus confidentes lo tomaran en serio a excepción de uno de ellos, Juan de Ortega, general de la Orden de los Frailes Jerónimos de España y de don Luis de Quijada, que era el primer chambelán de su corte.

Ortega había recibido, desde el año de 1554, los planos de una casita de dos pisos que Carlos V quería se construyera adosada a los muros que circundaban el monasterio de Yuste. Desde Bruselas, donde el Emperador residía, se preocupaba de la erección de este retiro, ocupándose de los detalles más minuciosos: orientación de las terrazas, trazo de los jardines, plantas que habría que

plantar en ellos. Juan Ortega obedecía en todo los deseos de su amo. En los austeros montes de Extremadura, el retiro de Carlos V se alzaba lentamente.

En cuanto a don Luis de Quijada, que había estado durante treinta y cuatro años al servicio del César, había aprendido a someterse sin chistar jamás a la obstinación de su soberano. Hombre de confianza, al mismo tiempo que chambelán, don Luis tenía el encargo de proceder a licenciar a los servidores de Carlos que integraban la Casa Imperial y llegaban a quinientos.

En octubre de 1555 el mundo tuvo que rendirse ante la evidencia: la fecha de los adioses del Emperador fue anunciada oficialmente y Bruselas se preparaba para este acontecimiento prodigioso. Afluían a la ciudad los más ilustres señores de Flandes, los Grandes de España, los diputados de todas las provincias de los Países Bajos. Felipe, hijo de Carlos V y esposo de María Tudor y príncipe regente de Inglaterra, llegó de Londres para entrar en posesión de su herencia.

La abdicación fue concebida como un gran acto teatral y en muchos episodios delineada para que se fijara en la memoria de todos. Cómo prólogo discreto, se había efectuado la recepción de Felipe al pie de la escalera del palacio. Al acto asistieron algunos príncipes españoles y flamencos, pero en tan gran número que la entrevista no pasara inadvertida a los ojos del público.

El estado de extrema debilidad del Emperador era notorio y testimoniaba la deferencia que mostraba a su hijo. Felipe estaba arrodillado ante el gran hombre, buscándole las manos para besárselas, pero Carlos se empeñó en hacerlo levantar y el beso del príncipe fue dado en el codo del brazo izquierdo del Emperador.

Después, transcurrieron dos días pasados por el Emperador y sus cortesanos al pie de los altares rogando por el descanso del alma de la infortunada reina Juana, madre de Carlos y muerta hacía siete meses.

Nadie se había ocupado de ella en todo el siglo y pasó su locura en el castillo de Tordesillas y pocas gentes la habían visitado en su retiro; pero convenía afirmar, en forma espectacular, la piedad filial tradicional de los Habsburgo y Carlos V gustaba de las ceremonias fúnebres. En signo de duelo acentuó la severidad de sus vestimentas y rehusó cualquier adorno.

Empero, todo aquello no eran más que preámbulos.

El 20 de octubre, en presencia de los caballeros de la Muy Noble Orden del Toisón de Oro, revestidos con sus hábitos de terciopelo rojo, llevando sus mantos bordados y sus boinas de color carmesí, el Emperador renunció a la Gran Maestría de la Orden y se quitó el collar con manos temblorosas. Felipe fue elegido en su lugar al día siguiente.

En fin, el 25 de octubre, como a las tres de la tarde y con tiempo claro y apacible, comenzó a desarrollarse el acto estupefaciente que había de tener un lugar prominente en la Historia.

El Emperador, torturado por su enfermedad, se apoyaba en un bastón formado por una rama de algún árbol del jardín de la modesta mansión que ocupaba cerca de la puerta de Lovaina. Estaba vestido de terciopelo negro y no llevaba más que una pequeña insignia del Toisón.

Sus enfermedades no le permitían montar a caballo y así, llegó al palacio de los Duques de Bravante, montado en una rolliza mula. En la gran sala había unas mil personas.

AGENTES ADUANALES

Villasana y Cía., S. C.

DIRECTOR GENERAL: ALBERTO L. CABEZUT

IMPORTACION — EXPORTACION — CABOTAJE

Casa Matriz: Gante Núm. 4. Despacho 406
Teléfonos: 21-87-60 y 10-10-39
México 1, D. F.

SUCURSALES:

TAMPICO, Tamps.
Edificio Luz, Apartado 98.

VERACRUZ, Ver.
Landeros y Coss 31. Apartado 432.

MANZANILLO, Col.
Juárez 236. Apartado 79.

NUEVO LAREDO, Tamps.
Riva Palacio 002 Apartado 133.

LAREDO, Texas.
Maryland Ave. P. Box 1539

MATAMOROS, Tamps.
Calle 6a. No. 34 altos. Apartado 243.

BROWNSVILLE, Tex.
1401 S. E. Elizabeth St.

ACAPULCO, Gro.
Edificio Alvarez 1er. piso.

La decoración era de una suntuosidad inhabitual. Los muros estaban cubiertos por pinturas de los más famosos artistas de la época; un estrado cubierto de tapices preciosos, ocupaba el fondo de la sala. Al centro de este estrado y en tapicería de Bruselas, se veía la corona imperial, el águila bicéfala y el gran collar del Toisón, todo ello bordado en oro, en plata, en lana y en seda.

La sencillez de parte de un monarca es siempre sorprendente y hace hervir la imaginación. La aparición de un soberano vestido de negro en medio de una asamblea de hombres cubiertos de oro y de piedras preciosas era de un efecto teatral inusitado.

El Emperador, con lento paso, avanzó entre dos filas de cortesanos que se inclinaban a su paso, tanto por respeto, como por disimular su emoción.

Pálido y como derrotado, Carlos avanzaba apoyado en su rústico bastón. Carlos V parecía buscar un sostén, una espalda en que apoyarse.

Todos los príncipes de España y de los Países Bajos, todos los caballeros del Toisón, todos los íntimos, todos los generales, todos los miembros de la familia imperial, estaban reunidos frente a un trono vacío.

Para ayudarse a subir los escalones del estrado, el Emperador no escogió ni a su fiel chambelán don Luis de Quijada, compañero de los días de su juventud, ni a su sobrino Emmanuel Filiberto de Saboya, a quien había confiado el mando general de sus ejércitos.

El honor fue discernido a un joven de veintidós años, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, fuerte, de cabello espeso, de piel rojiza y de mirada dura y voluntariosa.

Su Sacra, Católica, Imperial Majestad, no abandonó durante toda la ceremonia el sostén que le ofrecía la robusta espalda de un hijo de luterano.

EL CREPÚSCULO DE UN IMPERIO

—Madama Eleonora... Madama María... siéntense aquí.

Con sus manos nudosas, el Emperador señalaba dos asientos colocados a diestra y siniestra del suyo. Dos reinas se sentaron en ellos, dos viudas: sus hermanas.

El emperador se enclaustró en el monasterio de Yuste a raíz de su abdicación.

Eleonora (Leonor) era mayor que él quince meses.

Cuando pasó frente a él para ocupar su asiento, el Emperador le tomó la mano y le dijo que era "la mejor de sus hermanas". Ella sonrió y sus ojos se empañaron de lágrimas y olvidó en ese instante de emoción, una vida en la que el amor no se había presentado jamás.

Leonor, hacía 19 años, que tuvo que dar su mano a Emmanuel de Portugal, viejo rey contrahecho, en un matrimonio negociado por su hermano. Viuda a los 22 años, tuvo que casarse por segunda vez con el rey Francisco I de Francia en otro matrimonio de razón de Estado. Coronada en Saint-Denis en 1531, no se vio libre de esta unión desgraciada sino hasta 1547 por la muerte del rey de Francia. Era justo que se asociara al último acto de poder del Emperador a esta auxiliar sin reproche.

Más seductora que su hermana, más brillante, infinitamente más bella, la reina María de Hungría era de una elegancia inimitable.

Delante de aquella que en su nombre había gobernado Flandes durante 25 años, Carlos V se levantó galantemente de su asiento y no volvió a sentarse hasta que ella lo hubo hecho, a pesar de que sufría atroces dolores gotosos al menor movimiento, aunque sus penas no le privaban de una gran vivacidad. La forma en que el Emperador miró a su hermana fue notada por todo el mundo y los presentes no tenían ojos más que para ver a la reina que se sentaba al lado izquierdo del trono.

Ese día María, regente muy amada de sus súbditos flamencos, protectora de eruditos tan audaces que algunos fueron acusados de herejía, renunciaría, también, a su cargo y volvería con su hermano a España.

Ciertamente, la ceremonia era tan grave y tan importante que reunía en aquella sala a los artífices de medio siglo de historia; pero, ¿no encerraba algún designio secreto?

Un sentimiento de duda se extendía entre todos los asistentes al trascendental acto. Se murmuraba entre ellos que esta abdicación no era más que un pretexto: legar temporalmente el poder al hijo del Emperador, para preparar su entrada en religión y así facilitar su elección al trono papal, en cuanto muriera su viejo enemigo Paulo IV.

Se interpretaba así la contradictoria ansiedad que se leía en los ojos de Felipe II, pequeño, seco, de piel grisácea y que se mantenía en pie al lado de su padre. Algunos creían leer en él los signos de una emoción legítima en el instante de recibir una sucesión tan pesada; otros, al contrario, veían en su aspecto taciturno y en su mirar sombrío, una especie de burla y las manifestaciones del despecho.

También sorprendía la presencia de Guillermo de Orange en el estrado imperial. ¿Cómo podían conciliarse las simpatías del viejo Emperador?

Los adioses de Bruselas

Pintura del monarca hecha poco antes de su fallecimiento.

Pero las murmuraciones cesaron de repente. Carlos V se levantó de su asiento con signos de intenso sufrimiento físico, con movimientos tambaleantes y un amargo rictus en su cara. Buscó sus anteojos, después el brazo de su protegido, el de Orange, se aferró a él fuertemente y ya no dejó su apoyo.

El Emperador comenzó a hablar en francés, que aunque era la lengua en la que se expresaba ante reyes y embajadores, no dejó de llamar la atención de los concurrentes, especialmente de los señores españoles. La saliva salía de la boca del César, que siempre tenía abierta y hacía gran esfuerzo por cerrarla. Esta enfermedad se le había ido acentuando a medida en que se hacía más viejo.

Tenía en la mano izquierda un pañuelo y continuamente se limpiaba la barba.

Carlos V dijo que era príncipe borgoñón, al que el destino le había hecho ser rey de España; que había nacido en Gante y lo había educado su tía Margarita de Austria, regente de los Países Bajos; que sus maestros habían sido borgoñones, que había crecido entre ellos y que a ellos se dirigía en aquel instante. La ceremonia que estaba desarrollándose —dijo—, no tenía otro objeto que asegurar a sus súbditos flamencos y españoles que los había amado con un amor igual y servido siempre con apego a la más estricta justicia.

Él no había dejado de repartirse entre sus Estados y enumeró sus viajes: había estado nueve veces en Alemania, seis en España, siete en Italia y diez en los Países Bajos. También enumeró sus guerras: había entrado cuatro veces en Francia, para combatir al rey Francisco I y para salvar a Europa de la invasión turca, había parado el avance de Solimán el Magnífico a las puertas de Viena, había tomado Túnez y liberado a veinte mil cristianos.

—Yo he conservado todo lo que me pertenecía por derecho, dijo Carlos V; mi reinado no ha sido más que una serie de combates, no por una ambición desordenada de gobernar a multitud de reinos, sino "por defenderos y defender vuestros bienes".

Su voz temblaba; su emoción se hacía más y más intensa y quienes lo escuchaban estaban suspensos.

Si alguno puede quejarse de sufrimientos, puedo decir que ha estado a mi servicio, pero ello fue a consecuencia de las guerras y de los tiempos, no por causa o por deseo míos...

¿Sus defectos? El los conocía mejor que nadie. En Alemania había tenido que hacer frente a la herejía, desde los primeros tiempos de su reinado y había fracasado en sus intentos de frenar la Reforma. Si había vencido a Francia, no la había abatido por haber vuelto a llevar al Santo Imperio Romano a los obispos de Metz, Toul y Verdun.

Por lo que hacía a Roma, no había podido evitar que fuera elevado al trono papal un pontífice hostil al Imperio: Giovanni Pietro Caraffa, napolitano, enemigo de España a tal punto que consideraba a las españoles "la raza de judíos y moros y la hez de este mundo". En fin, la amenaza turca continuaba pesando sobre Europa.

Se veía al Emperador llevarse el pañuelo a los ojos y secarse las lágrimas.

—Si lloro, dijo, no piensen ustedes que es por la soberanía de la que me estoy despojando: es porque me veo obligado a abandonar el país de mi nacimiento y decir adiós a vasallos tan leales como los que aquí he tenido.

Su voz se cortaba. Sus lágrimas se hacían contagiosas: el auditorio entero lloraba con él. Después, Carlos V se volvió hacia su hijo y cambiando de idioma, se dirigió a Felipe II en español para cederle el honor de gobernar.

—Cree en Dios, Felipe, vive y gobierna con justicia, respeta las leyes...

En la sala de los duques de Bravante, se iniciaba la representación del papel de Felipe II dentro de la escena mundial. Todos esperaban de él un movimiento, una palabra, que estuvieran de acuerdo con el ambiente y la intención de la asamblea. El nuevo rey, con los ojos secos, con la mirada fija, hizo el ademán de arrodillarse.

El Emperador, por segunda vez, impidió a su hijo este acto de humildad y mirando a sus vasallos con un gesto de bondad y haciendo otro de impaciencia, pronunció de manera apenas perceptible:

—¡Que Dios te bendiga!

Después, se sentó sobre los cojines de su trono, como quien se desploma. Su papel había terminado.

En las siguientes semanas, él renunció, sucesivamente a todas las órdenes militares y religiosas, al mismo tiempo que firmaba las actas múltiples de su abdicación. Renunció a las Grandes Maestrías de Compostle, de Alcántara y de Calatrava. Cedió a Felipe sus posesiones de Flandes y España unificada. Renunció a los reinos de Castilla, de León, de Granada, de Navarra, de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Cataluña, del Rosellón y de Cerdeña, así como al Condado de Barcelona. Le cedió, también los reinos de las Islas y Tierras Firmes del Mar Océano descubiertas y por descubrir.

En fin, despojado de todos sus honores y de todos sus cargos, hizo entrega a su hijo de su testamento. En este documento, el Emperador había resumido sus meditaciones sobre el arte de reinar y sus consejos a quien le reemplazaba en el escenario de aquel mundo, escenario en que seguía representándose una gran tragedia...

Los olvidados

por Víctor MAICAS

PINTORESCA vida la de este bronco escritor. En una época chata como es la que actualmente se vive, donde el artista —sea cual fuere su dedicación— piensa y siente de una manera un tanto prosaica, más atento a las ganancias económicas que no al afán de dejar una obra perdurable, realizada con sudor de sangre, el recuerdo del escritor Eugenio Noel conmueve y causa admiración también. Todo en él, tanto su asenderada existencia como su obra, es digno de atención. En su circunstancia de escritor resulta desgarrado. Así dirá en la dedicatoria de un libro suyo: "Al recuerdo de mi pobre Nicasia, sola, siempre sola, criada de servir, de cuya miseria que la vida pudo hacer miserable, ella supo desentrañar una inconcebible energía". Nicasia era su madre. ¿Acaso no queda retratada en esas líneas la sicología del escritor Noel?

ñeta que Gómez de la Serna describe con trazo solanesco: "Noel llegó compungido y tuvo la tristeza —tanta era su miseria—, de tenerle que quitar los zapatos al cadáver del padre como único recuerdo hereditario del autor de sus días". ¡Qué macabro aguafuerte el de esta escena! El padre de Eugenio Noel ganárase el condumio sirviendo de lazarillo a un ciego.

Es posible que todo ello contribuyera a hacer de Noel un escritor de combate. Sus primeros trabajos literarios publicados en la revista **España Nueva** y reunidos luego en volumen bajo el título: **Lo que vi en la guerra** (Diario de un soldado), acarreáronle procesos que culminaron con una condena en la cárcel. Acaecía ello en el año 1909.

Su constante, pues, será una eterna lucha. Y así, un día emprenderá su campaña antitaurina. Conocerá la piojosidad de las posadas del Peine y de la Soga.

Las secuencias de su vida componen una estampa sorprendente. Y en una de sus piruetas le vemos partir rumbo a América. Recorrerá varios países de Hispanoamérica. Escribe en los periódicos y pronuncia conferencias. Su avatar se jalonará de pintorescas anécdotas. Pero quede atrás la picaresca de su forzado vivir y fijemos la atención en lo verdaderamente importante de Eugenio Noel: su formidable estilo de escritor. La formación literaria suya es admirable. La riqueza de su léxico da la medida de lo que es: un gran escritor. Noel no fue un escritor de laboratorio. Salió a los caminos de España. Convivió con sus gentes, supo de las ventas y posadas —reminiscencias cervantinas—, ahondó en el alma de la raza porque él, a su vez, era un escritor de raza.

Eugenio Noel

Su madre, pues, fue "criada de servir" en el palacio de la duquesa de Sevillano. Los años de niñez y adolescencia de Noel, como luego su vida toda, estará llena de contrastes. Tránsfuga del Seminario. Renuncia a la carrera sacerdotal a la que le inclinara el favor de la duquesa. Ella, a pesar del desencanto sufrido, todavía por algún tiempo seguirá protegiendo al rebelde. Pero todo favor quedará atrás cuando Noel con el singular valor que le caracterizará siempre, impávidamente, se lanza al ruedo literario. Y servirá a las letras a contrapelo, es decir, contra viento y marea. Su discurrir por los caminos del mundo, áspero y dramático, señalará un estilo quijotesco. La pobreza, amante desdeñada, pero reacia a apartarse de su lado, le será fiel hasta el último momento de su vida.

A este respecto hay una vi-

Su nombre se convertirá en cartel de escándalo por dondequiera que vaya. Pero a fin de cuentas quizá todo esto es pintoresquismo. Aunque deje constancia de su valor al enfrentarse con la apasionada masa de los taurófilos que le vitupera y hasta en cierta ocasión, para escarnio suyo, le cortara las melenas de que hiciera gala el escritor.

Sin embargo, a Noel nada ni nadie le arredra. Desoyendo la voz de la prudencia proseguirá su batallar. Noel nunca será el escritor acomodaticio. Por eso en su economía, defendida con la punta de su pluma, se producirán altibajos de fortuna. Algunas veces, escasas en verdad, vivirá momentos de opulencia, pero luego caerá, como en él es habitual, en las estrecheces de la miseria. Habrá de ser uno más en la cola de los pedigüeños que esperan recoger la caridad de los asilos.

Creo que él y aquel otro fantástico e imaginativo espíritu que se llamó Ciro Bayo, son quienes han escrito, en la época contemporánea, los mejores libros de viaje por España. **El lazarillo Español**, de Ciro Bayo, es una obra de antología. En cuanto a Eugenio Noel, su libro **España nervio a nervio**, es una lección de bien escribir. Su prosa, reciamente castellana, tiene vigencia.

A Eugenio Noel, por su idiosincrasia, se le puede considerar como un clásico, por sus virtudes y sus defectos, pero eso sí, entregado siempre en cuerpo y alma al quehacer literario. Por su dama —la literatura—, contenderá con la miseria y la incomprensión de las gentes. Eugenio Noel, como tantos otros, no conoció el sol de la gloria.

El 23 de abril de 1936 su asenderada vida terminó en la cama de un hospital de Barcelona.

Del más allá

Un juez se enfrenta al problema de un legado de 200 mil dólares

por Providencia KARDEK

¿SE PUEDE PROBAR CIENTIFICAMENTE LA EXISTENCIA DEL ALMA?

En fechas próximas la Suprema Corte de Phoenix, Arizona, llevará a cabo una audiencia para decidir quien será el beneficiario de 200 mil dólares, siempre y cuando la persona pueda proporcionar pruebas científicas de la existencia del alma humana, la cual es liberada de su cárcel corpórea al sobrevenir la muerte.

El juez Robert L. Meyers ha recibido más de mil solicitudes, enviadas por diferentes instituciones con el objeto de obtener el legado que James Kidd, acaudalado minero dejó en su testamento. Se han recibido muchas solicitudes de corporaciones y grupos, pero ninguna de individuos propiamente dichos. Sin embargo, el juez ha recibido considerable correspondencia de numerosas personas, las cuales no parecen poseer un coeficiente intelectual muy elevado.

A ELECCION DEL JUEZ

Un señor procedente del Brasil dirigió una carta al juez en estos términos: El ser humano tiene dos almas, una blanca y otra negra o negativa y positiva y pidió al juez que eligiera de cual de las dos quería que él probara la existencia. Naturalmente que el juez no prestó mayor atención a este raciocinio.

Probablemente la carta más interesante que recibió fue la que le mandó un caballero de la India, la cual aseguraba que con un método muy simple probaría la existencia del alma. Su sugestión era la siguiente: Tomen ustedes a un hombre a punto de morir y colóquenlo en un cuarto rodeado de vidrios y ventanas. Todas las puertas, ventanas y ventiladores deberá estar herméticamente cerrados, de manera que no haya ninguna rendija, agujero o lugar por donde el alma pueda escapar. Tan pronto como el hombre muera y el alma se separe del cuerpo, ésta, al tratar de salir del cuarto, romperá el vidrio dándonos con esto pruebas de su existencia".

Si las iglesias cristianas ortodoxas o las que no lo son, y de las cuales existe gran número en el continente norteamericano, se decidieran a ingresar en este interesante certamen, es de mi opinión que todas resultarían incompetentes, ya que el explicar el porqué el alma abandona el cuerpo y puede a la vez pasar a través de un cuarto herméticamente cerrado es de la competencia de un verdadero espiritualista.

¿COMO SE REALIZA EXACTAMENTE LA SEPARACION DEL ALMA DEL CUERPO?

Estelle Roberts médium internacionalmente famosa, da una gráfica descripción de la muerte de su primer esposo en su autobiografía titulada *Cuarenta años*

Un juez...

de médium. A los pocos momentos de haber cesado la respiración de su esposo y estando ella sentada al pie de su cama, atónita y asombrada, nos hace este relato: "Cuando estaba yo en ese lugar vi que su espíritu dejaba su cuerpo. Emergió de la parte posterior de su cabeza y gradualmente fue transformándose en una réplica exacta del cuerpo terrenal. Permaneció suspendido centímetros arriba y en la misma posición que la del cuerpo inanimado, unido a éste por un fino cordel. Segundos después, el cordel se rompió y el espíritu se desvaneció pasando a través de la pared".

Arthur Findlay en su libro *El misterio del Universo,* cuenta de una médium llamada Hudson Tuttle que también vio la liberación de un alma y cuyo relato es el siguiente: "Lentamente el espíritu se levantó de las extremidades y se concentró en el cerebro, cuando esto sucedía una aureola emergió de la coronilla de la cabeza y fue tomando forma gradualmente. En unos instantes se hizo clara y radiante a mi vista y pude observar que era una réplica exacta de la forma que había dejado. Fue elevándose alto y más alto hasta que el hermoso espíritu estuvo de pie junto a mí, mientras que el cuerpo yacía en la misma posición. Un cordel muy fino conectaba a ambos el cual desapareció poco a poco".

Lo que Estelle Roberts y Hudson Tuttle vieron, es el resultado de sus poderes espiritualistas altamente desarrollados y naturalmente que este hecho tendría poca importancia para lo que el juez Meyers en su opinión trata de probar.

Para probar como y por qué un espíritu puede pasar con la mayor facilidad cualquier clase de obstáculo, es necesario tener cierto conocimiento de las vibraciones para estar en posibilidad de explicar este fenómeno.

Toda materia viviente que existe en la tierra vibra aproximadamente a la velocidad de 34 mil a 64 mil ondas por pulgada. La materia, o cuerpo físico, es una verdadera red compuesta de electrones y protones, en medio de la cual existen espacios libres. Si las vibraciones cesaran, este espacio sería eliminado, y si pudiéramos reunir los electrones y protones existentes en el cuerpo, veríamos que el conjunto ocupa menos espacio que la cabeza de un alfiler. Por consiguiente, podemos deducir que los componentes básicos de nuestro cuerpo son el espacio y las diminutas partículas que, vibrando a velocidades fantásticas, dan forma a lo que para nosotros es el cuerpo. Además, existen otros componentes que, por ser espirituales, nos son invisibles.

En su libro *El misterio del Universo* Findlay, una autoridad en la materia, explica la relación del cuerpo humano con su composición etérea. A su manera de ver las cosas, las vibraciones físicas que son las que dan forma al cuerpo material, aparentemente son las que ocupan todo el espacio disponible; pero hoy en día sabemos que cualquier cuerpo físico es capaz de abrigar numerosas y distintas clases de vibraciones, además de las físicas.

Se me ha informado —declara—, que cada célula física tiene un duplicado etéreo idéntico, y que la radiación producida por la fricción entre ambas es la que da origen a la atmósfera inmaterial que rodea a los cuerpos.

Todo ser viviente posee un cuerpo etéreo y una aura de diferente intensidad. El cuerpo etéreo, compuesto de células etéreas, es en consecuencia imagen del cuerpo físico. Cuando la mente empieza a unirse a la materia física lo hace mediante su duplicado etéreo, ya que el ser etéreo, es la estructura básica sobre la cual se construye la materia corpórea.

Es de suma importancia que consideremos que nuestra tierra no es más que una fracción de minuto en el universo que nos rodea, el cual está compuesto de una basta escala de vibraciones. Los astros, que tienen un desarrollo menor que el nuestro, vibran en una frecuencia inferior a la nuestra, así como los que están más desarrollados, vibran en una frecuencia superior. Como consecuencia, podemos decir que los entes con mayor desarrollo, experimentan dificultad para retrasar sus vibraciones y poder comunicarse con nosotros, en cambio, los que acaban de traspasar el umbral de la muerte lo hacen con menos dificutad.

Del cuerpo físico sin vida, la réplica etérea que ha estado unida

MADERERIA

Las Selvas, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX, FIBRACEL, MASONITE, DUELA PARA PISOS, CAOBA, CEDRO ROJO, OCOTE Y PRIMAVERA.

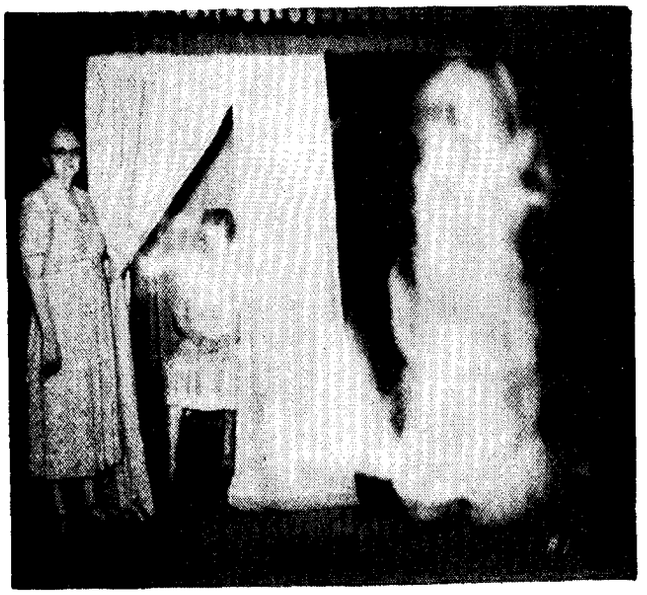
Tels.: 22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06
EMILIANO ZAPATA, 124
MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

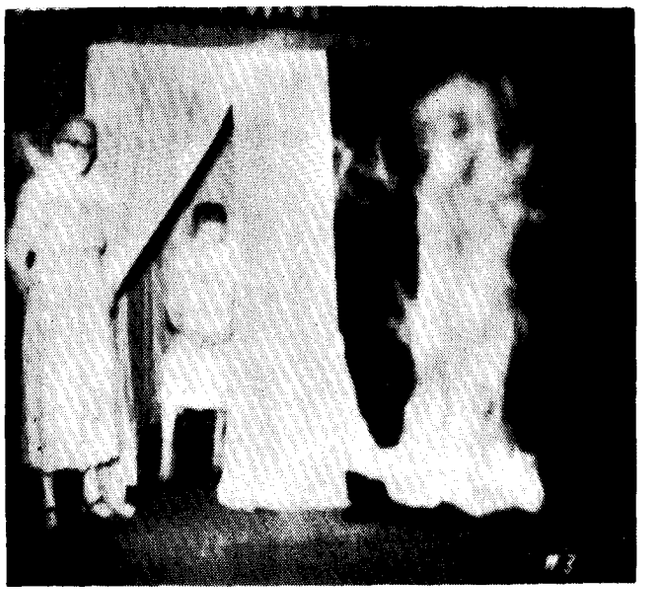
CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.

Ferrocárril de Cintura 209
Tels.: 26-53-16 y 29-12-28
MEXICO 2, D. F.



En estas fotografías se puede apreciar el proceso completo de la materialización de una forma espiritual... Fueron tomadas durante un lapso de 30 minutos. En la primera, una asistente sostiene la cortina para revelar la figura de la médium, Ethel Post-Parrish, que se encuentra en trance. Un pilar nebuloso de ectoplasma emerge lentamente de la médium y gradualmente adquiere el tamaño de una mujer.



En la segunda, el ectoplasma, sustancia que posee la médium va tomando forma. Esta emanación material producida por la médium es incolora, ligeramente nebulosa, fluida e inodora. Está compuesta, según análisis del doctor Von Schrenk Notzin, científico alemán, de numerosas granulaciones de membrana mucosa, partículas carnosas, espectoraciones y hay indicios de que contiene sulfocianuro de potasio y restos celulares.

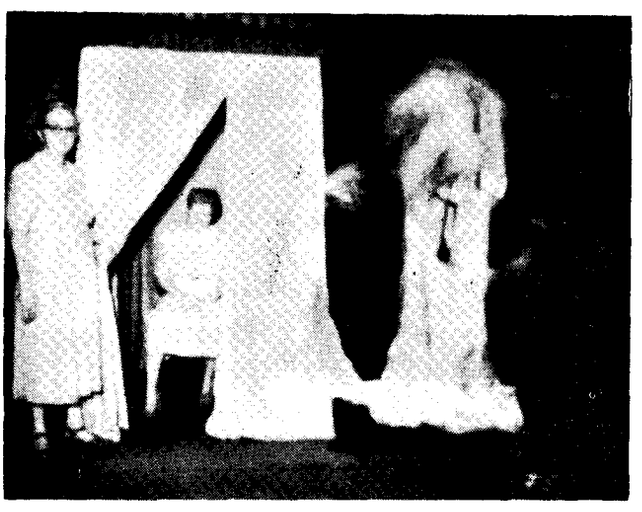
a él por tanto tiempo se desliga para así entrar en la siguiente esfera de su desarrollo.

Pero volvamos al caso del hombre moribundo que yace en el cuarto herméticamente cerrado, y a la sencilla prueba sugerida por el caballero hindú. El hombre muere. El cuerpo etéreo invisible prácticamente para la mayoría de los ojos humanos, se desprende del cuerpo y toma una forma idéntica a la del cuerpo material. Instantes después, el cordel que los une, se desvanece.

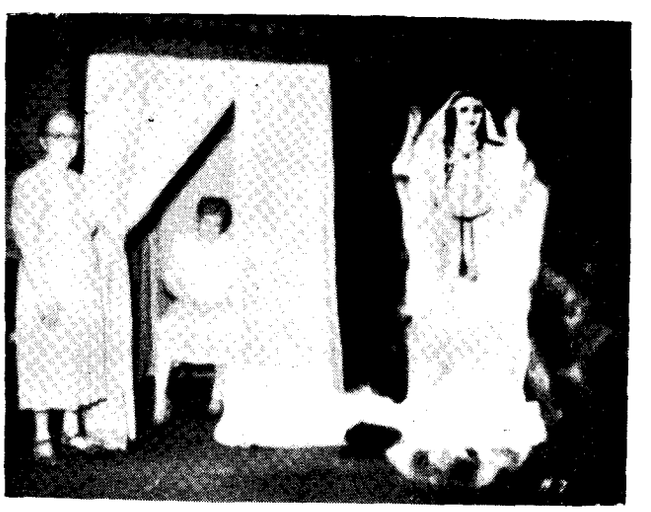
¿Qué es lo que pasa después? ¿Adónde se dirige? Obviamente, con su nueva y superior frecuencia de vibraciones, no va a refugiarse en las entrañas de la tierra la cual posee una frecuencia inferior; sino que, traspasando cualquier obstáculo a una velocidad considerable, va a reunirse con los demás cuerpos celestes que lo esperan para ayudarlo y guiarlo en sus primeras horas de existencia en el más allá.

Considero que el juez americano es un lego en esta materia y se divierte tanto él como los mil solicitantes especulando sobre este punto. Ciertamente que necesitará la sabiduría de Salomón para decidir a quién, si es que existe esta persona, hay que entregar los 200 mil dólares.

La materialización de una forma espiritual es uno de los más raros fenómenos que ocurren en las sesiones de espiritismo. El ente espiritual, por medio del ectoplasma, forma un duplicado exacto al del cuerpo físico. Este caso consiste que en pocos minutos se produce en la sala de sesiones un milagro análogo al que sucede en el vientre materno después de 9 meses: el nacimiento.



La médium juega un papel muy importante en estas manifestaciones. Existe una cuerda invisible, una especie de cordón umbilical entre ella y el cuerpo espiritual materializado. En esta última fotografía el ectoplasma se solidifica paulatinamente hasta que la figura surge completamente materializada. La figura de la foto es de una princesa india, la cual se supone que es la guía espiritual de la médium.



Museografía

El museo de carrozas en Lisboa

por I. P.

El Museo Nacional de Carrozas está instalado en Belén, en un edificio que fue el picadero del rey Don Carlos de Braganza y considerado a la sazón como el mejor de Europa. Los picaderos, en los tiempos en que se consideraba a la caballería como un noble arte, eran verdaderos santuarios en los que se entraba sombrero en mano. El de Don Carlos ocupaba un edificio construido por el rey Don José I.

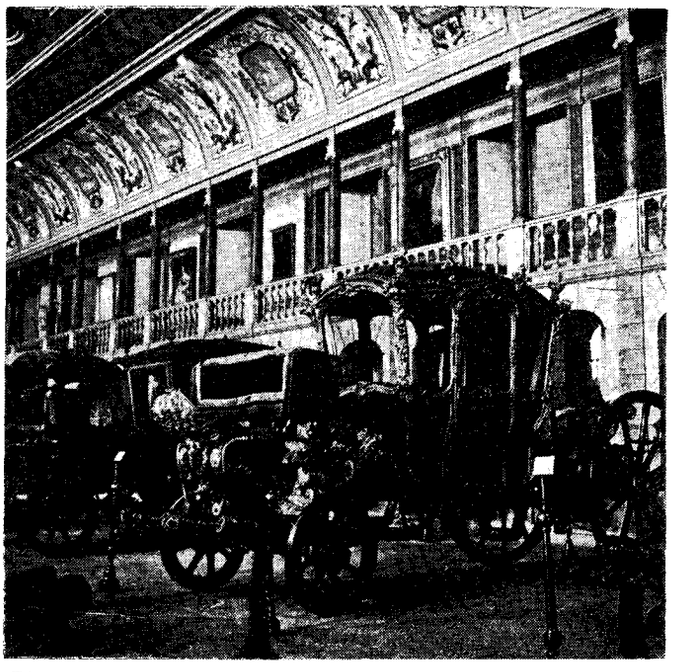
La idea de reunir allí las muchas carrozas que andaban dispersas por desvanes y caballerizas se debe al coronel Alfredo de Albuquerque, cuyo retrato, junto con el de su mujer, están pintados en el techo del local. Pero el coronel Albuquerque nada hubiera conseguido de no haber contado con el entusiasmo y ayuda de la última reina de Portugal, Doña Amelia de Orleáns y Braganza, quien una y otra vez expuso el proyecto a su regio esposo, pidiéndole para ello su picadero. El rey tardó en dar respuesta. Hemos dicho ya que su picadero se consideraba el mejor de la época en Europa. Veamos: con cincuenta metros de largo por diecisiete de ancho, podía rivalizar con los mejores de Austria y España. Su traza se debe al famoso arquitecto italiano Giaccomo Azzolini, y su decoración a artistas como Francisco de Setúbal, Nicola Delerive y Lopes Buque. No extraña, pues, que, orgulloso de su picadero, el rey tardase dos años en conceder su beneplácito. Cuenta la historia que Don Carlos llamó un buen día al coronel Albuquerque y le dijo: "¡Estoy cansado de aguantaros a la Reina y a ti! ¿Habéis jurado quitarme el picadero? Cógelo y haz de él lo que quieras y déjame en paz. ¿Estás satisfecho ahora?".

Naturalmente, Albuquerque estaba satisfecho y agradecido; su sueño iba a ser una realidad. Corría el año 1905. Su primer director-artista fue Luciano Freire. La ceremonia de la inauguración del Museo de Carrozas estaba incluida en el programa de fiestas organizadas en honor de Eduardo VII de Inglaterra durante su visita a Lisboa; y, segundo, se cuenta que el rey, olvidando su magnífico picadero, se confesó satisfecho del museo.

En el año 1944 el arquitecto Raul Lino proyectó una nueva ala para ampliación del museo. En aquella época, su director, Luis Keil, luchaba de nuevo para reparar y mejorar la colección. Dieciocho viejas carrozas de gran calidad artística habían sido encontradas en el olvido de las antiguas caballerizas. Exigían aturados esfuerzos para su restauración, pues era necesario estudiar sus ornatos y heráldica, sus telas y pinturas, su sentido decorativo propio. El trabajo le duró tres años.

Una vez más, el Museo Nacional de Carrozas fue calificado como el primero del mundo, ultrapasando otros considerados modelos: Viena, Munich y Versalles.

Entre los años de 1807 y 1820 fueron llevados al Brasil unos cuarenta vehículos de los trescientos o más que poseía la Casa Real Portuguesa; la mayoría de ellos no volvió.



El museo de carrozas, único existente en el mundo, alberga ejemplares de belleza sin igual.

El museo de carrozas

Del inventario, realizado hacia 1830, de las cocheras de Belén, Ajuda y Calvario se apuraron aún más de cien coches de diversas clases: carrozas, berlinas, calesas, etcétera.

En los años 1845, 1857 y 1862 se hicieron nuevas carrozas; después, al ponerse de moda el automóvil, pasaron las carrozas y libreas a aumentar el patrimonio del museo, que adquirió, por compra o cesión, varios vehículos además del carruaje de gala de la Corona y las carrozas del Patriarcado recogidas en Marvila y San Vicente.

El visitante puede ver, a través de los ejemplares expuestos en este museo, la evolución de los procesos de construcción y de la técnica a lo largo del tiempo. Así, el nuevo método de suspensión por muelles lo contemplará en un ejemplar de 1824, construido en Londres para la ceremonia de la coronación del último rey de Portugal. Hace años sirvió aún durante la visita de la reina Isabel II de Inglaterra a Lisboa.

Cada una de las carrozas conservadas en el museo tiene su historia y encanto: la de Felipe II (III de España); las de don Juan V, construidas en el siglo XVIII, unas en París y otras en Lisboa; algunas de ellas hicieron parte de la embajada enviada al Papa Clemente IX; y como ejemplar curioso, recordamos la llamada *carroza de mesa,* auténtico salón sobre cuatro ruedas, tan amplio, que podría servir para una conferencia de Estado. A pesar de su tamaño monumental, su forma exterior es de elegantes líneas. Su caja es octagonal, de talla labrada con escudos y otros motivos ornamentales, el tejadillo con ocho aplicaciones de bronce labrado y anchas correas de cuero con hebillas de bronce, y en el centro tiene una amplia mesa giratoria y redonda.

Además de los dos salones de la planta baja, el Museo tiene una planta superior donde se muestran uniformes, sillas, arreos, espuelas; todo lo relacionado con los transportes de entonces y también otros objetos de arte, retratos de los Reyes de la Casa de Braganza, y el manto rosa y plata que la ciudad de París regaló a la reina doña Amela como regalo de bodas.

Por toda su historia y por la belleza de los ejemplares expuestos, el Museo Nacional de Carrozas de Lisboa ha adquirido merecida fama de único en el mundo.

REDES, S.A.

Fabricantes de Redes, Piolas y Cables para la Industria Pesquera

⊙ ***Red Deportiva***

⊙ ***Red Decorativa***

⊙ ***Red de Protección***

Cables de Nylon y de Polipropileno para todos los usos

Casa Matriz (ventas en México, D. F.)
Geranio Nº 327 — Col. Sta. Ma. Insurgentes
México 4, D. F. — Teléfono 47-06-75

REDES

Sucursales en los principales puertos de la República

Sylvia Caduff primera mujer dentro de la historia de la música, como conductora, dirige un ensayo de la Orquesta Filarmónica de Zurich.

Música

¿NO MUSICA?

por José Antonio ARCARAZ

Hace sólo algunos años —cuando era un alumno del Conservatorio—, se repetía hasta la saciedad con carácter de dogma, aquella definición que pretendía caracterizar la música como "el arte de combinar los sonidos de acuerdo con las reglas del ritmo, armonía y melodía".

A esta logomaquia se añadían dos o tres variantes "...en el tiempo y en el espacio...", "...para lograr una belleza estética (sic) y combinaciones agradables al oído..."

El día de hoy —principalmente debido a la evolución que ha sufrido la música a partir de 1894 (estreno de Preludio a la siesta de un fauno de Debussy y la Sinfonía Resurrección de Mahler), parece que el arte sonoro se empeñara en contradecir estas definiciones —elaboradas de manera tan ardua como escrupulosa y solemne— por las generaciones anteriores.

Este supuesto concepto de lo que es o debería ser la música está hoy descartado, más por ingenio que por anacrónico.

Las últimas dos décadas han sido particularmente fecundas en lo que se refiere a búsquedas y experimentación y a la incorporación de materiales que tradicionalmente se consideraban como no musicales: el ruido, el gesto escénico, la escritura automática, el azar, fuentes mecánicas para la reproducción y generación del sonido, etcétera.

Al irse incorporando todos estos elementos o tendencias a la escritura musical, el concepto de lo que es música ha tenido un ensanchamiento gradual.

Así se ha llegado —afortunadamente—, a un punto en el que la única diferencia posible entre ruido y música, es que la música tiene un principio y un final definidos por la voluntad del compositor o del intérprete.

Esta incorporación del "ruido" a la música, ha sido un proceso similar al del uso de la disonancia. Edmond Costére define la armonía como la incorporación periódica de disonancias cada vez más grandes.

En forma similar, y tal como las disonancias producían horror a muchos ilustres compositores del pasado, existió a partir del período barroco una tendencia muy marcada a considerar los instrumentos de percusión como meros "productores de ruido" al no producir sonidos de altura definida.

Al contrario de lo que había sucedido en la Edad Media y el Renacimiento, se les relegó a un segundo plano y sólo se les utilizó para subrayar ciertos efectos de carácter pintoresco tales como las "músicas turcas" o las "músicas militares". No es hasta principios del Romanticismo, con la obra de Berlioz, que comienza un justipreciación de las posibilidades de esta familia de la orquesta, prosiguiendo el incremento de su uso en forma paulatina durante el siglo XIX.

Será necesaria la aparición de Debussy y de Stravinski del "período parisino", para dar un nuevo impulso al uso de la percusión.

Después, la figura admirable de Edgar Varésse realiza una obra que, si bien no tuvo consecuencias inmediatas, habría de influir decisivamente en las generaciones jóvenes que iniciaron sus activi-

dades importantes después de la Segunda Guerra Mundial.

Este uso constante y diferenciado de la percusión en Varésse va aunado en su obra al nacimiento de una nueva poética. Varésse actúa en taumaturgo, hace surgir mundos inesperados, gracias a él cobran nueva vida conceptos olvidados después de la obra de Monteverdi y Gesualdo.

En Varésse vuelve a reafirmarse el afortunado proceso por el cual el gesto técnico —en este caso, la búsqueda de una nueva articulación del sonido no-temperado—, ejerce una influencia decisiva sobre la posición estética hasta confundirse con ésta, siendo imposible discernir posteriormente cuál de los dos originó el otro. Este mutuo juego de espejos (Spieglespiel), es frecuente y contribuye a crear situaciones de muy difícil definición: gracias a él, o más bien, a la constatación de su existencia, se ha podido revalorizar en la última década, la persistencia de numerosos imponderables en la música.

Por otra parte, han existido siempre en la ejecución musical, una serie de elementos teatrales que en una forma u otra han contribuido a hacer tolerable la monotonía visual de una sesión en la que se escuchan obras instrumentos.

Las acrobacias físicas del virtuoso o el director de orquesta —encantadora mistificación, producto de un hurto tolerado a los terrenos de lo circense y lo coreográfico—, son consumidos y analizados con igual deleite por el asistente a los conciertos, que la parte meramente auditiva de éstos.

No se trata en este caso de la vacua, artificial y pomposa, pero fascinante superchería, que entraña la escena operística, que consumen únicamente los "amateurs" de rango inferior.

Se trata, por lo contrario, de acciones destinadas a auditores de "calidad superior". La solemnidad de la sala de conciertos permite la mueca patética del pianista y aplaude los "port de brás" del director a-la-moda.

La mera presencia física de masas corales tras esa asamblea eternamente discorde que es la orquesta sinfónica, logra un impacto dramático, no del todo ajeno a la demagogía, sobre un auditorio que de antemano se siente predispuesto a inmolarse en aras de lo "sublime" y lo "elevado", lo que ha contribuido a forjar el consumo inmoderado de no pocas mediocridades sinfónico-panteístico-corales.

Tanto Haydn (Sinfonía de "Los Adioses"), como Berlioz (Lelio) —el primero en broma, el segundo terriblemente en serio—, percibieron la importancia de estas situaciones teatrales, y las aprovecharon con éxito bastante tiempo antes de que nadie oyera hablar de Mauricio Kagel (Sur Scene, Sonant), o de Sylvano Bussoti (La pasión selon Sade, Mit einem gewissen sprechenden Ausdruck).

La ejecución de ocasiones teatrales integradas a un discurso concertante aparece hoy como una de las soluciones más ingeniosas y prometedoras para ahuyentar el tedio del espectador y lograr su concentración sobre los acontecimientos que tienen lugar en el estrado.

LA REVISTA

"NORTE"

ESTA IMPRESA EN PAPEL SUMINISTRADO POR

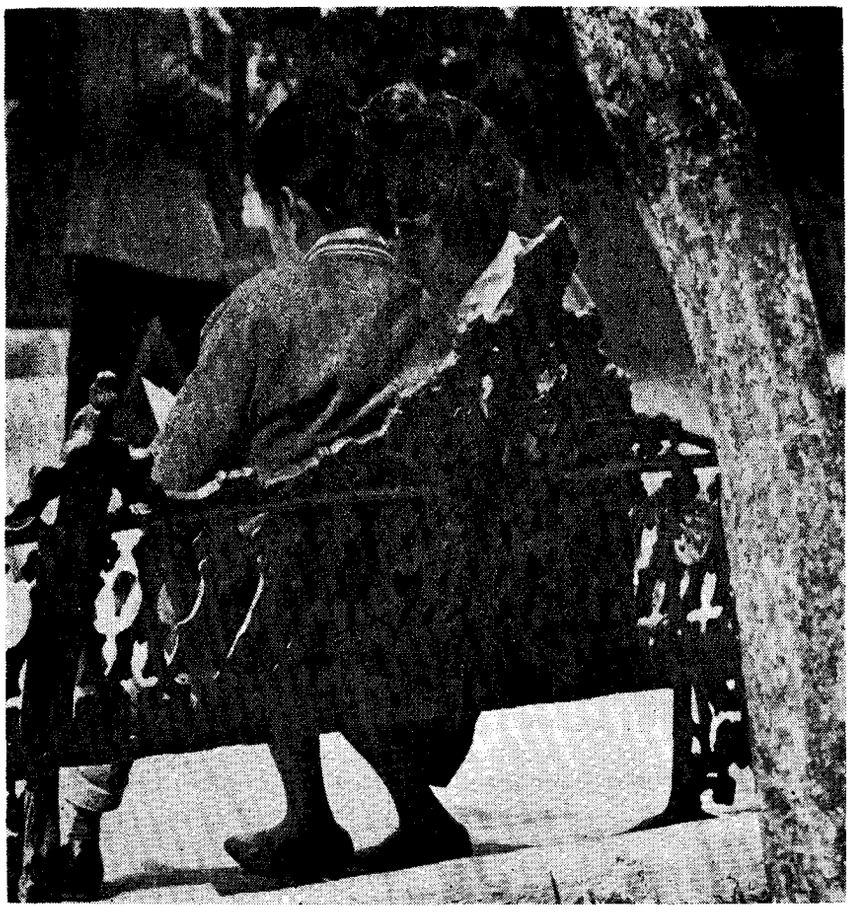
MEX - PAPEL, S. A.

Teléfono: 21-89-26

Con 3 Líneas

Márquez Sterling No. 34-bis

MEXICO, D. F.



Cuento

AMOR Y FILATELIA

por José MAQUEDA ALCAIDE

En la Plaza Real, bajo las esbeltas palmeras que se alzan arrogantes —algunas tan altas que rebasan la altura de los edificios que encuadran tan bellos jardines—, junto a la fuente de las seis carátulas que manan agua alegre y cantarina, se conocieron Emilia y Alfredo un caluroso domingo de mayo, animado y bullicioso de transacciones filatélicas.

Los dos eran coleccionistas de sellos de algunos Estados europeos y aquel día, guiados por un interés común, hicieron los primeros intercambios de sellos, naciendo entre ellos una mutua simpatía. Se volvieron a encontrar en domingos sucesivos. Uno de ellos —ya francamente amigos—, Alfredo acompañó a Emilia a su casa, invitándola a tomar un vermut. Empezaron a tutearse. Eran de la misma edad —unos veintiocho años—, y el usted de los primeros días de su conocimiento resultaba un poco frío.

—Emilia, ¿cómo nació tu afición filatelista?

Mi padre tenía una gran pasión por los sellos. Se puede decir que fue su colección la única, modesta herencia que me legó. A mi hermano Eduardo le dejó un reloj de oro y su biblioteca. Recibí con alegría aquel legado de mi padre y, desde entonces, todos mis ahorros los dediqué a completar y mejorar mi colección.

Tras una breve pausa, dijo Emilia a su acompañante:

—Ahora, te toca a ti narrar tu historia de filatelista.

—Pues verás, es muy sencilla. Me hice filatelista por influencia de un profesor que tuve: Don Guillermo. Nunca lo olvidaré. Su afición a los sellos era tan grande que formó entre sus alumnos mayores un grupo de coleccionistas. Todos los domingos nos reuníamos en el colegio para hacer intercambios y escribir a nuestros corresponsales. Al salir de la escuela, no decayó mi afición y continué completando las series que tenía. Llevo así cerca de quince años y cada vez estoy más satisfecho de mi colección...

Llegaron a casa de Emilia.

Un fuerte apretón de manos y una nueva cita en la Plaza Real para el domingo siguiente.

Sentía Alfredo una atracción irresistible por Emilia. Era la primera mujer que se cruzaba en su vida con el incentivo de una bondad a toda prueba, una belleza nada corriente y un trato sencillo, cordial, asequible, sin complicaciones ni gazmoñerías. Él siempre había pensado elegir una mujer como Emilia para esposa...

Un viernes de verano, por la noche, movido por una irresistible tentación, salió de casa y se encaminó a la de la joven. Hacía un calor sofocante. Entró en un bar, tomando un café solo y un vaso de sifón frío. Salió rápidamente y continuó su paseo.

Al llegar a la calle de su amiga, pudo contemplar una escena que le dejó muy poco gratamente sorprendido.

Estaba Emilia en uno de los balcones de su piso, que era el segundo de la casa, ataviada con un sencillo vestido estival color malva. En un balcón de la casa de enfrente —la calle era muy estrecha—, se veía un joven. Conversaban con gran animación y complacencia.

Sintió en el alma, por primera vez en su vida, el agrio torcedor de los celos y regresó a su casa presa de terrible nerviosismo.

Al domingo siguiente, volvieron a encontrarse en la Plaza Real.

Refirió a Emilia sin rodeos su paseo del viernes por la noche y le preguntó quién era aquel vecino con el que conversaba.

Ella, sin alterarse, le contestó con la mayor naturalidad del mundo:

—Es Jacinto, un amigo que conozco desde niña. Vivimos en esa calle hace muchos años. Compartimos los juegos infantiles. Le aprecio grandemente. Es muy buena persona... Pero no hay entre nosotros más que una simple amistad que quedará seguramente siempre en eso.

Aquella mañana fue más larga la entrevista de Emilia y Alfredo y, cosa rara, no hablaron una palabra de filatelia. Tomaron su acostumbrado vermut y volvió Alfredo a acompañarla a su domicilio.

Quedó Alfredo tranquilizado. En los labios de Emilia había una sonrisa franca, acogedora y en sus ojos una mirada noble, abierta, que le decían con más elocuencia que todas las palabras, la insoslayable verdad del corazón de aquella mujer que había conseguido interesarle seriamente.

Un buen día, recibió Jacinto carta de su hermano Andrés que vivía en Venezuela hacía más de

doce años y que había conseguido hacer fortuna. En ella le animaba a que emprendiera viaje a Caracas, donde había establecido un importante almacén de géneros de punto. Ante la próxima ampliación del negocio, necesitaba una persona de confianza —sólo tenía una hija de pocos años—, que le prestara ayuda en la proyectada empresa. Le ofrecía una buena retribución y participación en los beneficios del negocio.

Jacinto comunicó a Emilia la fausta nueva y aprovechó aquella feliz circunstancia para declararle su amor y proponerle que se casara con él para emprender juntos el viaje a Venezuela.

Emilia le dio una negativa categórica. En primer lugar, sólo le estimaba como amigo. Por otra parte, su madre se encontraba delicada y no podía abandonarla toda vez que el único hermano de la joven estaba en vísperas de casarse y pronto constituiría un hogar independiente... Fue grande la desilusión de Jacinto. Ella mantuvo firme su decisión.

Mes y medio después, efectuados los preparativos necesarios, Jacinto emprendía su viaje a ultramar.

Su despedida de Emilia fue un poco triste. Ella le tendía la mano como amiga, como antigua amiga que le había apreciado siempre de todo corazón..., y le deseaba toda clase de dichas y prosperidades.

Al domingo siguiente, volvieron a encontrarse Emilia y Alfredo.

Después de las primeras palabras de saludo, comunicó la joven a su amigo la marcha de Jacinto a Venezuela, pudiendo ver en los ojos de su interlocutor un resplandor de alegría. No le fue posible reprimir esta mínima exteriorización de contento. Sin embargo, prudentemente, no hizo ningún comentario.

Transcurrieron unos meses. Las entrevistas de Emilia y Alfredo seguían celebrándose ininterrumpidamente todos los domingos y días festivos en la simpática plaza de los filatelistas barceloneses, entre algarabía de transacciones y alegre vuelo de palomas.

Cierto domingo declaró Alfredo a su amiga que le habían concedido un importante ascenso en la empresa en que trabajaba y que desearía hacerla su esposa.

La joven contestó sin titubeos que aceptaba su ofrecimiento.

En cuanto a la madre de Emilia y a los padres de Alfredo, era de suponer que no tendrían inconveniente en el enlace, ya que hacía tiempo que tenían noticia de las entrevistas de ambos, viéndolas con sumo agrado.

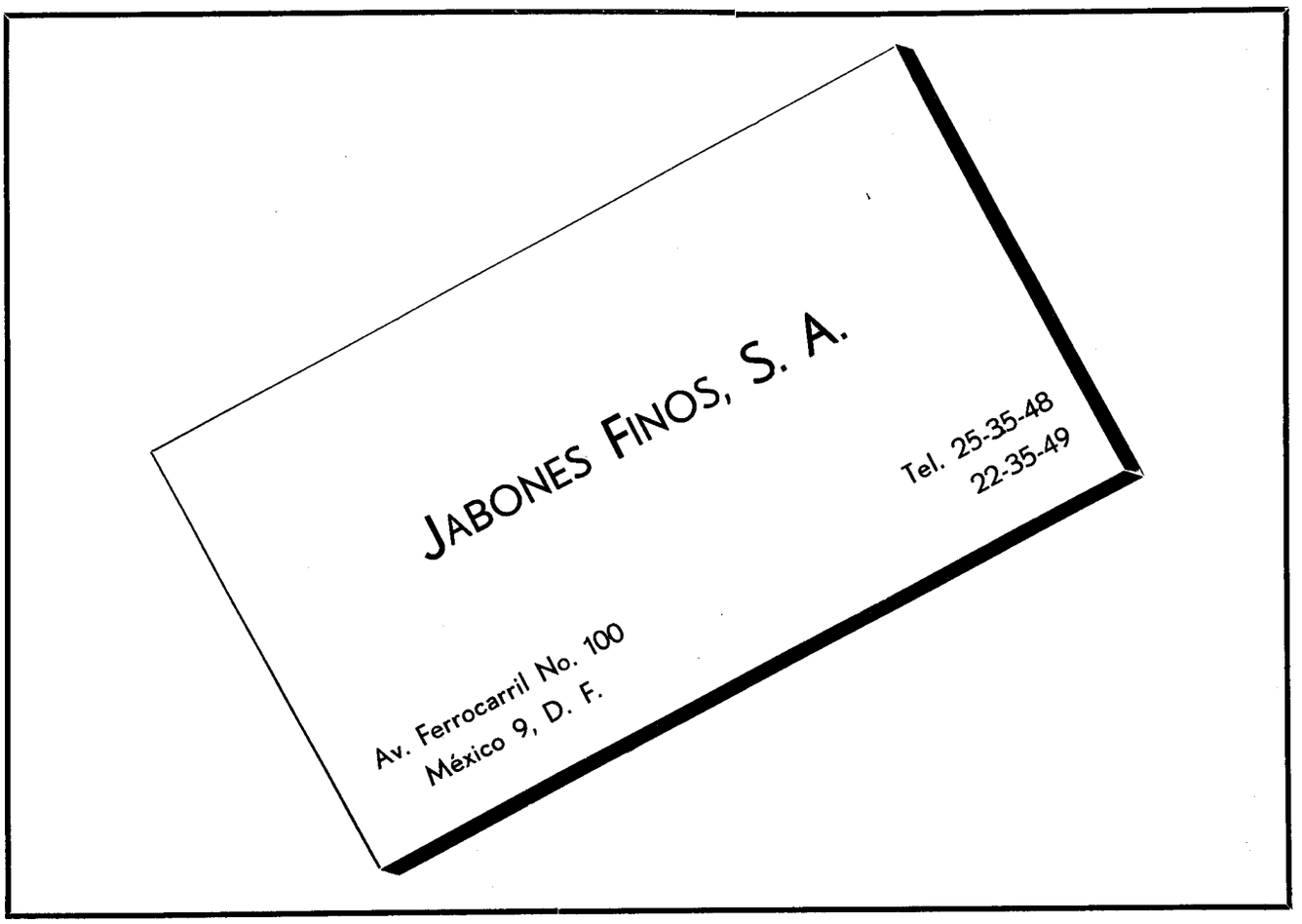
En lo sucesivo, no volvieron a efectuar ningún intercambio de sellos.

Habían decidido hacer una sola de las dos colecciones, enriqueciendo así el valor de la nueva colección al completar numerosas series de una y otra que estaban incompletas.

En cuanto a los sellos repetidos, los destinarían a ser canjeados por sellos españoles que hasta entonces no habían coleccionado ninguno de los dos.

Aquel amplio, revalorizado álbum sería el preciado legado que trasmitirían a sus hijos, si es que tenían descendencia, haciendo de ellos fervorosos adeptos a la filatelia, esa noble afición de ámbito universal que hermana a los hombres en un ideal alto, limpio, muy rara vez bastardeado por intereses mezquinos.

Al aceptarse mutuamente como novios para un próximo casamiento, sellaban, asimismo, de una forma inquebrantable este fraternal y hermoso pacto filatélico que, en cierto modo, estrechaba con más fuerza el recio vínculo creado por el amor.



por MAKINTOSH —versión: Antón DE VIGIDEL

La fe ciega y el progreso

En cierta ocasión se me preguntó que ley me gustaría promulgar si yo fuera un legislador. La pregunta era un poco difícil de contestar, para mí en lo personal, ya que mis inclinaciones tienden hacia la anarquía, de tal modo que siempre que la autoridad se manifiesta en cualquiera de sus formas, mi actitud es de desafío y rechazo.

Supongo que esta postura puede considerarse como un defecto fundamental de mi carácter, una desafortunada inclinación hacia la irresponsabilidad, pero yo más bien prefiero pensar que es el distintivo del rebelde, del inconformista. El progreso humano es el resultado de la rebelión en contra de la autoridad. El orden establecido está formado en su mayoría por la experiencia dè las generaciones pasadas. Pero tengamos en cuenta que nuestro mundo está siempre evolucionando y que la sique humana asimilando nuevos conocimientos no cesa de aumentar su desarrollo. Estos conocimientos no pueden ser representados por instituciones que han sido concebidas para otros fines. Por lo tanto se impone el crear nuevas y mejores.

Su introducción será invariablemente combatida por los órdenes establecidos, cuyo fin primordial es perpetuarse a sí mismos, aunque su función sea ya obsoleta. Su arma más poderosa en este conflicto de ideas es la tradicional autoridad.

EL DESAFÍO ES IMPRESCINDIBLE

Debemos desafiar y retar a la autoridad del orden establecido cuando un cambio radical sea necesario. Es ésta la función del rebelde, el cual juega un papel muy importante en la liberación de los conceptos obsoletos y credos desusados que azotan a la mente humana. El rebelde no acepta nada sin antes someterlo a un análisis crítico y refuta todo lo que pueda restringir la libertad humana. No se conforma con los conceptos vagos que expone la tradición, sino por el contrario los combate cuando amenazan acabar con lo que es nuevo y progresista.

¿Qué clase de ley me gustaría promulgar? Pregunta un poco extraña para aquel a quien sus impulsos interiores lo estimulan a abolirlas en vez de crearlas, ya que estoy convencido de que se debe dejar en la más posible libertad a los seres humanos.

El prohibir a alguien hacer equis cosa es el propósito de la mayoría de las leyes, lo cual refleja una actitud moral más bien negativa que positiva. Una sociedad moral y espiritualmente sana no necesita de numerosas leyes, sino más bien de leyes què aunque pocas, sean justas y razonables. Demasiada legislación es evidencia de poca rectitud. Por lo tanto será mejor tener el menor número posible de leyes.

El Decálogo Mosaico ilustra el punto que trato de demostrar. De sus 10 mandamientos 8 son negativos y 2 positivos. Se nos prohibe adorar otros dioses, hacer falsas imágenes y postrarnos delante de ellas, matar, maldecir, cometer adulterio, robar, levantar falso testimonio o desear los bienes de nuestro prójimo.

NINGÚN MANDAMIENTO POSITIVO

Positivamente sólo se nos ordena conmemorar y guardar el sábado y honrar a nuestros padres. No hay ninguna alusión por ejemplo a ser compasivos, caritativos o tolerantes. Aparentemente Jehová al redactar sus 10 mandamientos encontró más fácil decir "no harás" que decir "haz".

Hay dos puntos que deben considerarse cuando se promulga una ley: Uno, que la ley no hará necesariamente buenas a las personas. El otro, que es inútil promulgar una ley que no pueda ponerse en ejecución. Sin embargo, una ley sabia concebida en la verdad y ejecutada con justicia ayuda a crear condiciones morales y sociales dentro de las cuales la gente se incline más hacia el bien que hacia el mal.

La espiritualidad no es sólo un estado interno o una experiencia subjetiva, sino que es un fenómeno social. No podrá ser comprendida o producir un efecto en las multitudes sin haber tomado una forma concreta.

Una de las muchas nociones rídiculas que la gente tiene como resultado de su ignorancia, es que la verdad absoluta puede ser poseída exclusivamente por una sola religión o ideología. Objetivamente esto es un absurdo, sin embargo ha tenido desastrosas consecuencias a lo largo de la historia de la humanidad. Los que creen en las religiones reveladas son los que con mas frecuencia caen en el engaño. No es sorprendente entonces que aquellos que han tomado sus creencias del Judaísmo Cristiano, son los que han escrito algunos de los capítulos más sangrientos de la historia.

Si un individuo cree que la verdad absoluta está contenida únicamente por cierto sistema doctrinal, se deduce que piensa que cualquier conjunto de ideas diferentes está equivocado, y si está equivocado, entonces es pernicioso para la moral y estabilidad de la especie humana y deberá ser erradicado. La erradicación de las ideas y creencias contrarias a las suyas, implicará la persecución de aquellas personas que las sostienen. Por lo tanto es el fanatismo el que engendra la intolerancia, la división, la crueldad y la miseria. Como Burke decía, la persecución religiosa es realizada bajo el disfraz de una piedad y celo irracionales.

LO QUE SE DEBE ENSEÑAR A LOS NIÑOS

Es, en consecuencia, indeseable el sembrar en la mente de los niños la idea de que la verdad absoluta está contenida por una religión específica. No se debe enseñar a los niños ninguna religión, sin antes explicarles los puntos de vista opuestos. Ningún dogma o aseveración deberá ser expuesto sin dar los pro y los contra. Si los razonamientos no

La fe ciega...

están a la capacidad intelectual de los niños, entonces deberá esperarse a que tenga edad suficiente para comprenderlos. Al niño se le debe dejar crecer con el menor acopio de prejuicios posibles, especialmente en lo que se refiere a religión o ideología. Esto ayuda a evitar fanatismos y sus consecuencias y alienta la difusión de la compasión y la tolerancia. Es más útil al progreso humano la duda inteligente que la fe ciega y celo irracional. Preferiría que un niño se convirtiera en escéptico en asuntos religiosos a que fuera crédulo y fanático.

Hoy en día los conceptos dogmáticos son frecuentemente desmentidos racionalmente, en parte, porque son en cierto aspecto inadecuados y parte porque a lo largo de la historia han sido motivo de división y persecución. Tenemos la idea de que los dogmas son vehículos portadores de la verdad anticuados e insuficientes, sin embargo hay que considerar que el objeto del dogma es el de trasmitir la esencia de la visión original de la realidad y pretende traducir a un idioma, más o menos comprensible, la inefable experiencia de la iluminación mística. Su función es cristalizar esta experiencia, conservarla, explicarla y guardar celosamente de que sea interpretada falsa o inadecuadamente. El dogma está formado por credos cuya estructura a su vez esta compuesta por diferentes combinaciones teológicas, metafísicas, sicológicas, simbólicas y por elementos históricos. En la lucha por preservar lo que ellos creen que es la pureza de la revelación original, los adherentes de los susodichos credos creyéndose los únicos depositarios de la verdad no vacilan en utilizar métodos que contrarían a la moral que ellos mismos predican. Mientras la ortodoxia sea preservada y la herejía eliminada se permiten las acciones más atroces con tal de poder cumplir su cometido.

Cuando la autoridad, depositaria de la verdad que debe creerse, llega a ser más importante que la experiencia mística, sin la cual no habría bases sobre las que dogmatizar, entonces nos damos cuenta que la visión original es suplantada por una interpretación inadecuada. Esto es lo que se llama dogmatismo.

IMPEDIR EL DOGMATISMO

Si fuera posible el que yo promulgara una ley, ésta sería con el objeto de impedir que el dogmatismo echara raíces en la mente de los niños. Prohibiría la enseñanza de la religión en una subestructura del dogma y alentaría por el contrario su estudio comparativo. El propósito de mi ley sería el de preservar la verdad pura e inmaculada, de establecer que hay más de un camino que nos lleva a la cima de la perfección, más de una revelación de la verdad fundamental, más de una fuente de gracia y salvación, más de una interpretación de la historia, más de una concepción del destino humano. En breve, procurará implantar en la mente de los niños la idea de que no solamente deben pensar por ellos mismos sino también respetar la opinión de los demás.

Fábricas BARRERA

DISTRIBUIDORES EN EL D. F.

Mueblería Olimpia
Artículo 123 Nº 46
Tel. 18-37-59

Colchonería Ruiz
Puebla y Monterrey
Col. Roma

Av. Universidad Nº 936-G-1
(Aurrerá Universidad)
Tel. 34-53-59

Av. Cuauhtémoc Nº 787 "A"
Col. Narvarte
Tel. 43-27-33

Sonora Nº 32
Col. Roma

Av. M. Avila Camacho Nº 491-L-4
(Aurrerá Lomas)

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

MONTERREY — GUADALAJARA — MEXICO

COLCHONES FINOS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE

HOLLAND, MICHIGAN, U. S. A.

Spring Air
MATTRESSES
BOX SPRINGS

Real del Monte 13 **Col. Valle Gómez**

Teléfonos: 17-66-19 y 17-67-38

MEXICO 2, D. F.

Viajes

San José Purúa, centro de salud y paraíso de vacacionistas

por José Luis SANCHEZ

Jóvenes de ambos sexos bronceados por el sol descansan por un momento. ¿A qué actividad dedicarán esta mañana, un partido de ping-pong, en las mesas del lugar o una justa de boliche, un chapuzón en la piscina o montar a caballo, podrían mejor zurcar el lago de Pucuato en un blanco velero o tirar al pichón? Se escucha la alegre discusión, evocando al mismo tiempo las actividades de la jornada anterior tales como danzas, conciertos, cinematógrafo y teatro.

Para esto, en el vestíbulo del hotel, un hombre que no da crédito a lo que está pasando recaba información con el encargado. Hace más de cuarenta años que no viene a Michoacán, y a su regreso a Purúa lo acompañan muchos prejuicios, corbatas anchas y cuellos almidonados.

El empleado tiene que explicarle que la juventud de ahora y especialmente la que concurre a Purúa prefiere y pasan sus vacaciones tanto o más a gusto que en cualquier playa del Pacífico o sobre las cimas de la Sierra Madre.

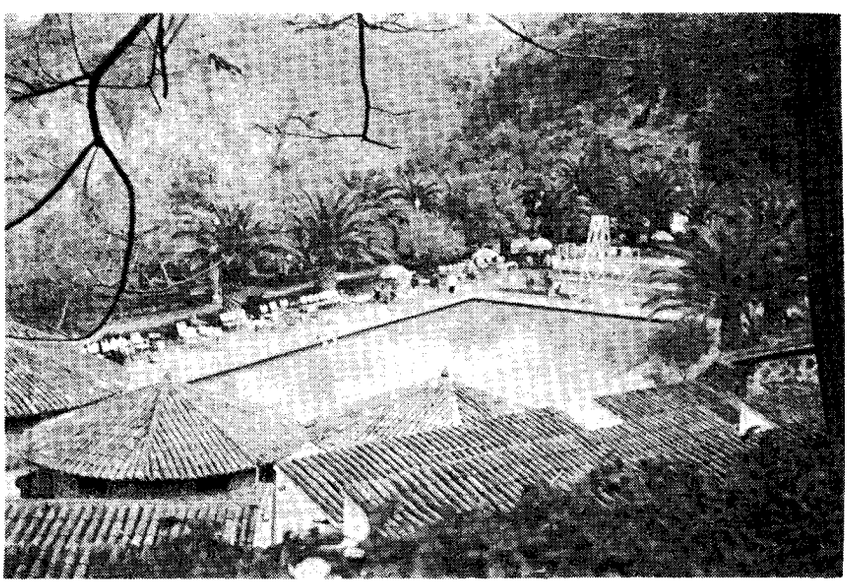
Para el caballero una estación termal debe ser un templo de silencio y aburrimiento. Su mente no puede aceptar lo que está viendo y pregunta: ¿Qué, acaso esta alegría no es perjudicial para el tratamiento de los enfermos? Está usted equivocado le replican. La alegría es complemento básico indispensable para la cura. Tiene tanta o más efectividad sobre la moral del enfermo como las aguas termales la tienen en el organismo. El sol, las flores de los jardines, los arbustos de las avenidas, el verde de los prados, las blancas orquídeas no están con el propósito de servir como decoración solamente; sino para ayudar moralmente al enfermo.

El caballero murmura para sí que él nunca ha sabido que en ningún lugar en los que se curen males hepáticos sea un lugar donde reine la alegría.

Falso.

—¿Acaso no se cura el hígado en Purúa?

—Ciertamente. Hepáticos de todo el mundo concurren a este lugar para disfrutar de los beneficios de los manantiales y fuentes termales, de sus salas de mecanoterapia, de sus masajes. Pero también curamos muchas otras cosas más en Purúa y tal parece que mucha gente desconoce este hecho.

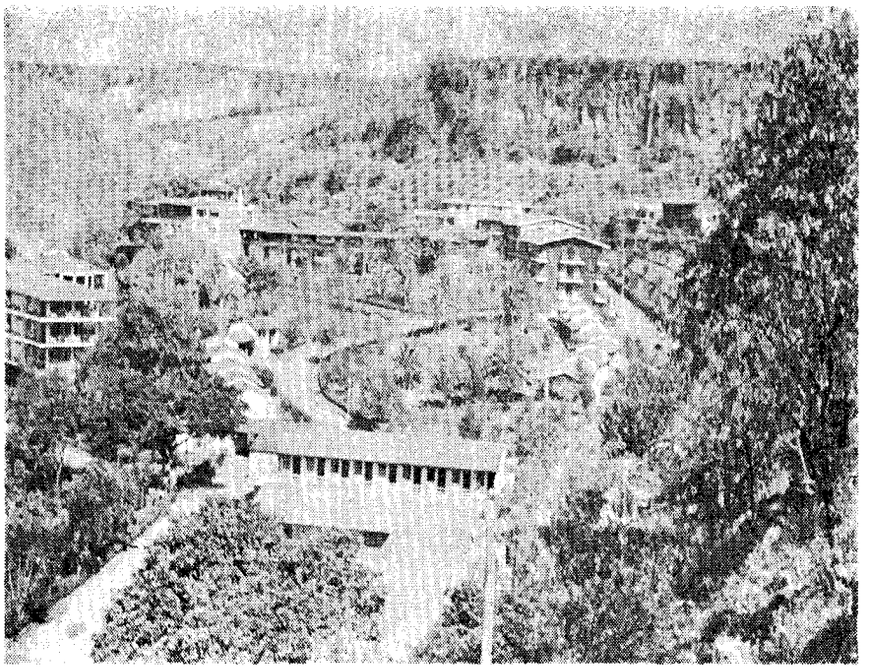


Vista de una de las albercas del balenario

Las docenas de fuentes de minerales que existen en el Estado de Michoacán, tales como los Arupas, Iripeo, Santa Rosa, Agua Blanca etc., tienen mucho tiempo de haberse descubierto, sin embargo sus beneficios medicinales no se limitan solamente a las regiones hepáticas, sino también al páncreas, el estómago, el intestino, sobre las glándulas endocrinas y el sistema parasimpático y los torrentes sanguíneos. Si sufre usted de reumatismo crónico, de lúmbago, calambres musculares, neuralgias, nerviosismo o inclusive de reminiscencias traumáticas, el tratamiento que se le proporciona en Purúa aliviará el mal y después lo hará desaparecer.

El agua, limpia, desintoxica, asegura los cambios y secreciones y proporciona en la forma más asimilable para el organismo la proporción exacta de minerales indispensables para el equilibrio vital. Estos efectos gracias al tratamiento recibido en los diversos establecimientos son prolongados y multiplicados: Tratamientos tales como duchas, masajes en seco y bajo el agua, baños de luz, etc... En los niños es frecuente que los resultados sean más rápidos y mejores que en los adultos. Purúa por lo tanto, tiene una clientela muy numerosa compuesta de jóvenes de todas las edades.

El deporte ya no es lo que era antaño, a principios de este siglo, que se consideraba como una de las más pobres actividades universitarias, y menospreciado y hecho a un lado por la gente que se decía seria. El deporte ha venido siendo con el tiempo aus-



Panorámica de San José Purúa

piciado por el Estado y la ciencia ha tomado bajo sus cuidados al atleta, le ha entrenado y puesto en condición.

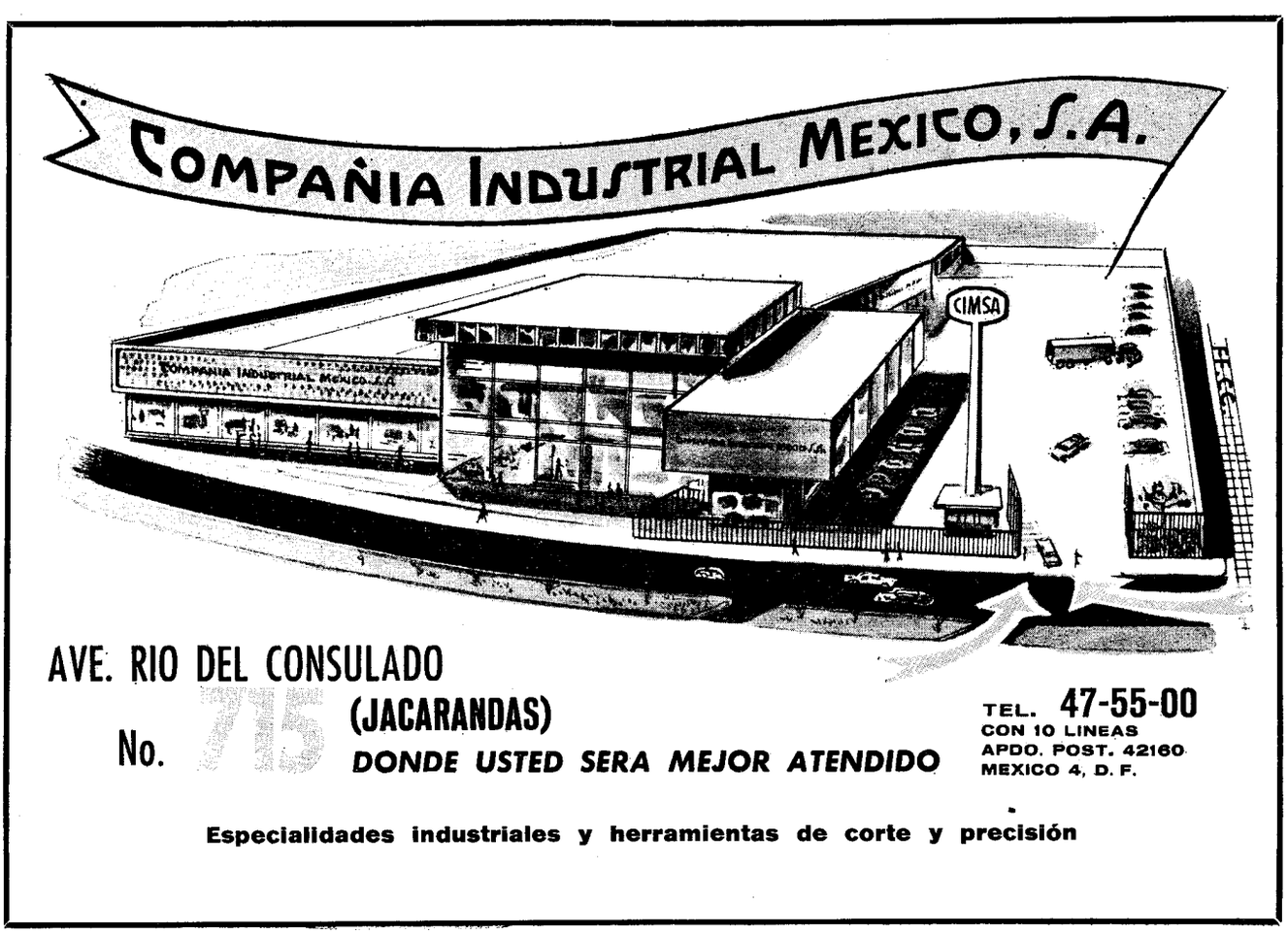
Bajo el impulso de médicos especialistas, Purúa gracias a sus instalaciones de baño y mecanoterapia, y también a la virtud curativa de sus aguas se ha convertido en una verdadera fábrica de reacondicionamiento de atletas.

Lo que es saludable para los atletas puede ser indudablemente benéfico para el hombre ordinario. Si Purúa da forma al atleta, también lo puede hacer con los hombres de negocios que agotados por el trabajo diario recurren a sus saludables manantiales.

El exceso de trabajo es un mal que nos atañe a todos e inclusive el reposo cotidiano no logra escapar al ruido y nerviosismo que entraña nuestra existencia.

Catedral del reacondicionamiento humano, Purúa con sus tratamientos disciplinarios, sus horas regulares de baños terapéuticos amenizados con distracciones sanas y diversas devuelven al maltratado paciente la salud, asi como también belleza y juventud. El hombre encuentra en Purúa su equilibrio. La mujer descubre un medio de rejuvenecimiento desconocido. Las preocupaciones diarias de la vida son relegadas, y en cambio, se disfruta de un bienestar olvidado y paz incomparable.

Nuestros abuelos quedarían sin duda sorprendidos si hubieran sabido que el balneario termal de Purúa sería convertido algún día en una fuente de belleza. Sin duda fueron ellos los descubridores de estos manantiales, pero corresponde a nuestra época el hacer célebre esta estación termal de América, no solamente como una de las capitales del tratamiento de males hepáticos sino de la salud mundial.



Tercera Parte

Ahora, en estos capítulos nos tocará conocer a don Francisco Lámbarri y Malo y sus viajes a la capital por eso del "negocio chico"; a la virtuosa doña Julita; el tesoro y la Casa de Albéniz; el primer amor del escritor: un lienzo, un hermoso retrato de mujer, ojos bellos, expresión dulce y boca encantadora... esa fue Sor María Josefa; el Viernes de Dolores y la casi obligada visita al altar de la Dolorosa en la casa del buenazo de don Felipe...

XV

No cabe duda que mi tío abuelo, don Francisco Lámbarri y Malo, cuya mano pidió a mi bisabuela el señor obispo Solano, tuvo mala suerte, pues no le tocó disfrutar de las vacas gordas de Puerto de Nieto. Esto lo trastocó y ocupó toda su longeva vida —murió de noventa y tantos años—, en pelear contra todo Dios, el que él llamaba "el negocio grande" o sea, el de la heredad perdida, y el "negocio chico", representado por una demanda que había enderezado contra la familia Pérez, empeñado en hacerse de un rancho llamado "El Cimatario" y en sacar, de aquí y de allá, algunos pesos a sus allegados y amigos para las estampillas de sus pleitos, estampillas que, en sus tiempos, eran precisas para litigar.

En sus mocedades fue rubio y tenía los ojos azules como todos sus hermanos y hermanas, con excepción de mi abuela que los tenía de color café. Gastaba una barba que le daba una semejanza con el infortunado emperador fusilado en Querétaro y me profesaba un gran cariño, lo que no le impidió demandarme por pago de pesos, aunque jamás le debí un solo centavo.

Estaba yo una tarde en el jardín principal de San Miguel, cuando se me acercó y me dijo con la mayor seriedad del mundo:

—Sobrino; a pesar de lo mucho que te quiero, he tenido que demandarte.

—Pero ¿por qué tío? Que me conste, no te debo nada.

—Eso crees tú, pero algo me debes del "negocio grande".

—Tío, por Dios! Si ese negocio terminó antes de que yo naciera.

—Sí, pero mi hermana, tu abuela...

Mira —le dije—, no alleguemos más. ¿Por cuánto es la demanda?

—Hasta eso, por poco: trescientos pesos nada más.

—¿Qué te parece que transemos?

—Bueno... pues por tratarse de ti, transaremos.

Y transamos por cincuenta pesos, de los de antes, que le entregué en el acto, no sin que me diera recibo de finiquito, que firmó y estampilló debidamente.

Terminado el trato, me dijo:

—Pues si no dispones otra cosa que mandarme, me voy ahora mismo para México.

—¿Para México? ¡Pero si el tren ya pasó hace dos horas y no habrá otro hasta mañana! —hay que advertir que en ese tiempo no había otra manera de viajar que por ferrocarril—, así, que te irás a caballo...

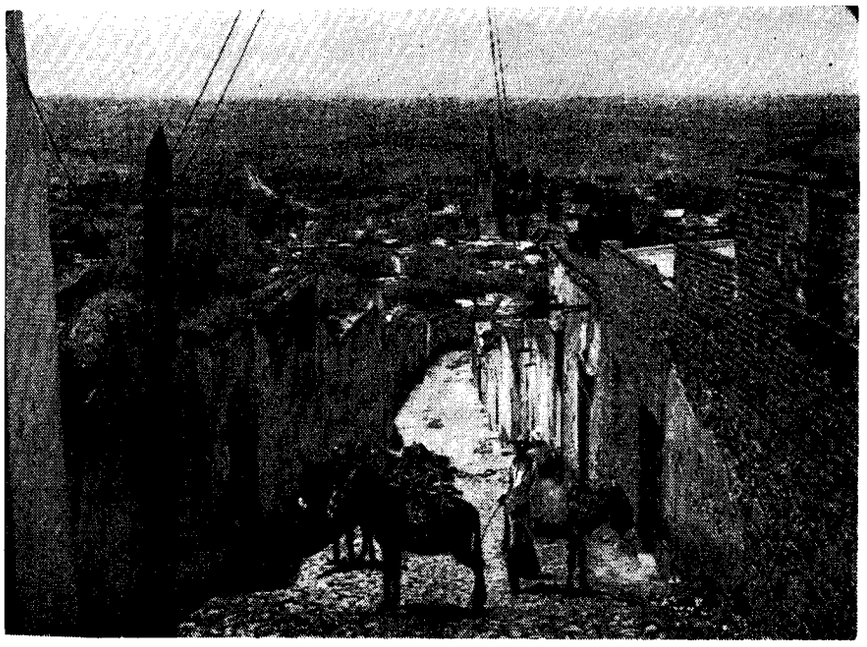
—No —me contestó—, me voy como siempre: en el coche de San Fernando... ratitos a pie, ratitos andando.

—Pues tío, ¡que te vaya bien!

Y emprendió a pie la caminata, sin otro bagaje que un cartucho de hojalata en el que guardaba los papeles de sus pleitos, ni más dineros que los cincuenta pesos que acababa yo de darle, ni más ayuda que un palo pinto que le servía de báculo.

Frisaba por aquellos días en los setenta y pico de años, lo que no le impidió llegar a la ciudad de México ocho días después y al siguiente de su arribo, se presentó en la Suprema Corte de Justicia de la Nación a la que enderezó un escrito que comenzaba como todos los suyos: "Francisco de Paula Lámbarri y Malo, con sus derechos atropellados, pero siempre pendiente de la Carta Magna..."

Así era el hombre: a nadie le hizo mal, más que con la tinta de



En esta callejuela tal parece que Cronos se durmió, pues todo está igual, nada ha cambiado, ahí el tiempo se estacionó.

huizache, usada por tinterillos y escribamos, con el que redactaba sus inútiles escritos.

XVI

ES Miguelito Malo —Miguel tenía que ser para cumplir con la tradición de los de su casta— y causante de la trágica muerte de Fanor y Alieta, farmacéutico recibido en la Universidad de Guanajuato, aunque jamás haya preparado pócima alguna, ni elaborado píldoras, ni mezclado agua con azúcar cande y alguna esencia para engañar a los rancheros, vendiéndoles tales potingues como "agua de contraespanto", "agua de contralatido", "espíritus de golondrina" o polvos para enamorar, con que los boticarios de mi tierra suelen engañar a los labriegos y a las doncellas cándidas, lo mismo que a los mozos tímidos.

Es, además, el cronicón de la familia Malo "e islas adyacentes", rey de armas, genealogista, director de una academia de arte, arqueólogo, ex diputado y qué sé yo cuántas cosas más.

Recorre el hombre las calles de San Miguel, las sube y las baja poniendo inyecciones de toda especie a cuanta gente las necesita, a unos les cobra y a otros no y es popular y querido de todos.

Tuvo entre sus enfermos a una señorita ya entrada en años, llamada Julita y sobrina de un presbítero. Esta Julita siempre llamó la atención por su traza, pues, en la época en que las damas se pintaban con moderación, ella parecía un payaso de feria. Su indumentaria acusaba un atraso de, por lo menos, medio siglo con la moda corriente y era pudibunda y recatada como una colegiala.

Precisó la cuitada, los servicios de Miguelito, lo mandó llamar y él acudió presto a servirla.

—Vamos a ver, Julita, aquí manda el doctor que le ponga una inyección intramuscular profunda —dijo Miguelito leyendo la receta.

—No, don Miguelito... ¡No, señor profesor! A mí no me pone usted una inyección de esas...

—Pero, Julita, si así lo manda el doctor.

—¡Ay, don Miguelito de mi alma...! ¿No dice usted que la inyección ha de ser intramuscular profunda?

—Exactamente, Julita, para que dé los resultados apetecidos.

—No, don Miguelito: yo no me presento ante su Divina Majestad con una inyección así... ¿No sabe usted que antes de que llegue una ante la Santa Presencia de Dios, viene una arcángel y la "arrevisa"? Yo quiero llegar a las mansiones celestiales tal y como vine a este mundo: con mi palma de virgen bien limpia y reluciente, debajo del brazo; ¿pero con una inyección así? ¡Por Dios, don Miguelito, que ese señor doctor debe estar "desacomulgado"! ¡Váyase, váyase de aquí y déjeme morir en paz y llegar limpia al cielo...! ¡Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo...!

Y roció a Miguelito con agua bendita, mientras continuaba rezando La Magnífica a toda voz. Él tuvo que salir más que de prisa ante la ira de su frustrada paciente, la que, a los pocos días entregó el ánima al Hacedor, ante cuya presencia debe haber llegado limpia como una patena, ya que los pringos de su rostro no deben haber manchado su alma.

XVII

¡ZAS! ¡Ya dimos con el tesoro...! Pero no, la relación, como siempre, se nos había vuelto carbón. Tal me ocurrió muchas veces en cuanta casa de San Miguel tenía una hornacina con la imagen de la Virgen de Loreto, patrona de los señores De la Canal, mis antepasados y que horadé como un tuzo en busca de peluconas del tiempo de los virreyes.

Una de estas casas, que estaba casi en ruinas, era la llamada Casa de Albéniz, que no ostentaba piedra de armas, ni imagen de la Virgen; pero que estaba llena de leyendas de aparecidos y de tesoros ocultos. Jamás he podido saber por qué se la llamaba de Albéniz, ni nadie ha podido explicarme el significado de esta cuarteta que aprendí siendo niño:

"La casa de Albéniz
tiene cuatro pilas,
todas rodeadas
de maravillas..."

Porque tal como yo la alcancé, la dichosa casa no tenía ya no digamos cuatro, pero ni siquiera una sola fuente o llave para el agua: era una ruina que se venía abajo, lo mismo en techos que en paredes y que habitaba, claro que sin pagar renta, una especie de bruja que me besaba la mano cada vez que topaba conmigo.

Hacerla de gambusino en la casa de Albéniz, me costó muy buenos pesos y jamás, ya lo dejo dicho, encontré un solo ochavo.

Pasaron los tiempos y con ellos me llegaron los días de penuria y como nadie trae un profeta en ancas, vendí la dichosa casa en mil pesos. Hoy vale cincuenta mil.

Pero antes de venderla y muerta la bruja que la habitaba, la di, sucesivamente, a diversos paupérrimos que jamás me pagaron un centavo de renta.

Uno de sus últimos ocupantes fue un herrero, padre de un politiquillo a quien le decían "Rana Parada" y que llegó a la casa "de

las cuatro pilas" sin tener ni los veinte reales del bautismo.

El herrero —¡oh secretos insondables de la diosa Fortuna!—, colocó su yunque en una de las habitaciones de los bajos de la casa y a los cuantos días por poco y se desmaya al notar que el peso del mamotreto había hundido el piso. Trató de levantar y poner de nuevo en forma su instrumento de trabajo y en la operación se dio cuenta de que había dado con el tesoro tan ansiada y vanamente buscado: cuatro tinajas llenas de peluconas virreinales que ocultó discretamente.

Mas, como "amor, dinero y cuidado no puede ser disimulado", según reza un antiguo proloquio, a poco andar se notó que nuestro Vulcano estrenaba ropas nuevas y que su hijo "Rana Parada" lucía costosos, sí que chabacanos anillos en sus manos y un reloj de oro y de repetición, de los que hicieron el orgullo y las delicias de nuestros abuelos.

Mucho dinero hay todavía enterrado en las casas de San Miguel y, que yo sepa, jamás ha ido a los bolsillos de quienes tienen derecho a él. Esperaremos al día del Juicio Final, cuando, según Marianita Pérez, el Arcángel Gabriel dará un trompetazo y mandará que todo el mundo resucite y que se vaya "cada hijo con su padre y cada peso con su dueño". Esto será, naturalmente, después de la boruca y así, ya no tendrá importancia alguna.

XVIII

VIVIERON y viven en San Miguel muchos españoles: hoy es cada día menor su número, pues ya no es negocio comprar y vender semillas, a lo que la mayoría se dedicó enriqueciéndose con ello y además, aunque sea triste decirlo, mi tierra está convertida en una colonia yanqui, que abarca todas las actividades. La mayoría de los iberos llegaron jóvenes a mi tierra, se casaron con muchachas del lugar y tuvieron hijos que hoy son mexicanos. Los que en San Miguel murieron, esperan el trompetazo del Arcángel Gabriel para el Juicio Final, en las diversas iglesias, después de haber dormido el sueño eterno en el viejo panteón de San Juan de Dios.

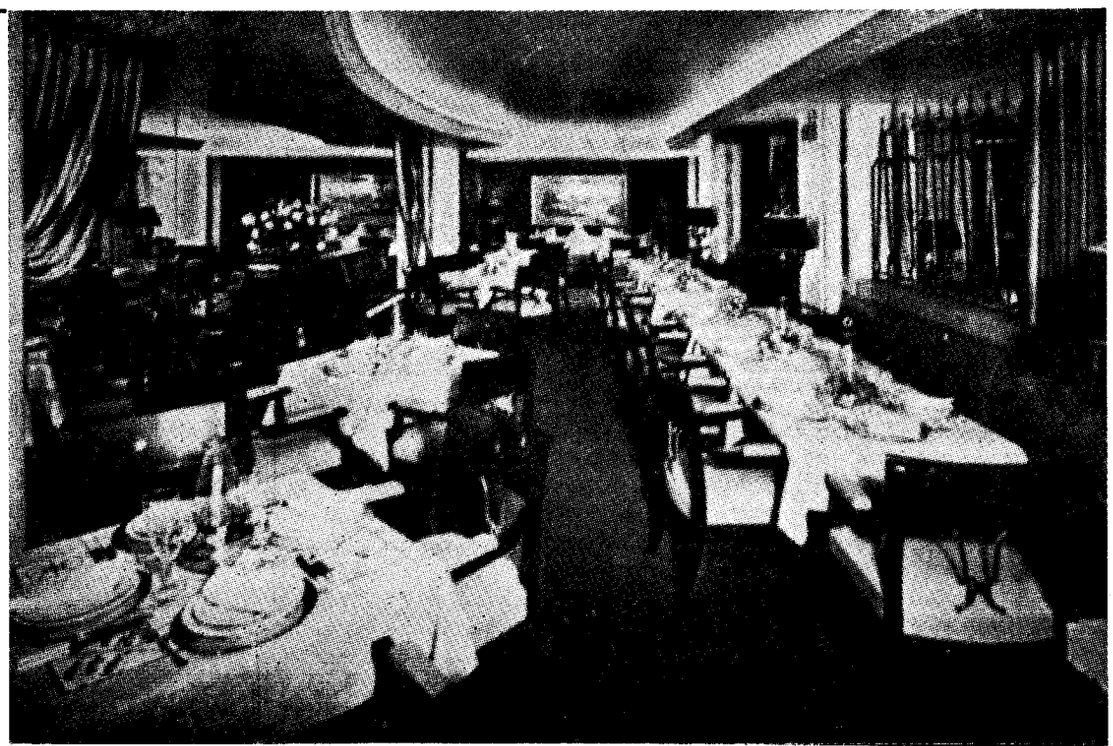
Entre todos los españoles de ayer y de hoy que se avecindaron en mi ciudad nativa, se destaca la figura de Fidel García Dobarganes, con una leyenda de mentiras y de exageraciones digna de recordarse, pues, aunque no fue andaluz, sino asturiano, tenía una imaginación que rivalizaba con cualesquiera de los nacidos en las tierras del Betis.

Venía de la rama de un famoso dentista de su tierra, Panes, del que se decía:

"Dobarganes, el de Panes,
saca muelas sin dolor.
¿Sin dolor? Sí señor:
sin dolor de Dobarganes".

Antes de meterse a semillero, tuvo Fidel una cantina y deleitaba a sus parroquianos contándoles, entre otras cosas, y entre copa y copa, mientras jugaban al dominó, sus incomparables e inconcebibles aventuras: Había toreado mano a mano con "El Gallo", había cantado en el coro de la Capilla Sixtina y había peleado en la guerra ruso-japonesa.

Tenía un humor excepcional de cantinero y cuando alguien, por quítame allá esas pajas, le recor-



CITA DE DISTINCION Y ELEGANCIA
AV. MORELOS Y PASEO DE LA REFORMA
Teléfonos: 35-37-93 y 35-73-94
MEXICO 1, D. F.

En el templo de "Las Monjas" existió este retrato. Con toda justicia dice don Leopoldo: Me enamoré de la forma más sublime de su retrato, pues jamás vi un rostro más hermoso, ni expresión más dulce, ni ojos más bellos que los de Sor María Josefa

dó a su progenitora, en lugar de montar en cólera o soltar una bofetada al maldiciente, respondió con una flema digna de algún súbdito de Su Majestad británica.

—¡Recontra...! ¡Pero si yo no tengo madre, porque soy hijo de una tía!

Tenía genio excepcional de cantinero, pero no el alma de los que suelen medrar con las aficiones de los devotos de Baco, ya que no adulteraba las bebidas, fiaba a todo el que se lo pedía; le pagaban los que querían y los que no —y de ellos hubo muchos—, se iban con el santo y la limosna.

En vista de ello, Fidel cerró el negocio y se convirtió en comerciante en granos y semillas. Allí tampoco le fue mejor. Pudo haber ganado mucho dinero en sus nuevas actividades; pero seguía siendo de manga ancha: daba dinero a todos los que se lo pedían, desentendiéndose de cobrar a sus deudores cuando consideraba que no podían pagarle o que la cosecha había estado mala.

Así las cosas. Se declaró en quiebra y sus acreedores, menos generosos que él, se unieron para embargarle lo poco que le quedaba. Mientras tanto, Fidel puso pies en polvorosa y se refugió en Guadalajara.

Alguno, de entre los acreedores de Fidel, fue razonable y de acuerdo con "El Gato" Rocha, abogado también excepcional, propuso a la mayoría de los afectados por la quiebra, que concedieran a Fidel un plazo para pagar. Se llegó a un entendimiento y se acordó telegrafiar al fugitivo diciéndole que volviera a encargarse de su negocio; que se le concedía un año para liquidar sus deudas y que gozaba del apoyo y de la simpatía de todos.

Y como se pensó, se hizo: volvió Fidel, trabajó duro, apretó bien los cordones de su bolsa y antes del año había pagado hasta el último quinto, pues la temporada de lluvias resultó propicia, las cosechas fueron buenas y la experiencia hizo recapacitar al honrado, sí que desprendido comerciante.

Limpia, pues, su hacienda y sintiendo que los años se le venían encima con más ligereza que nunca, decidió hacer el que resultó ser su último viaje a España adonde partió gozoso, permaneciendo en la tierra de sus mayores más de seis meses.

Cuando volvió, se reunió en la estación del ferrocarril un numeroso concurso que acudió a darle la bienvenida. Allí estaban la mayor parte de sus vejos acreedores, que llevaron una charanga y comisionaron a unos cuantos chiquillos para que hicieran estallar cohetes y tocaran matracas.

—¡Contra...! —dijo Fidel al bajar del tren y darse cuenta del recibimiento—. ¡Recontra...! ¡Se ve que saben que traigo un millón de pesetas en el bolsillo...!

¡Y el hombre había vuelto sin un quinto!

XIX

HABÍA y tal vez lo haya todavía, en la sacristía del templo de La Concepción, de San Miguel, popularmente conocido como "Las Monjas", un retrato al óleo de su fundadora y del convento aledaño, de mi remota parienta Sor María Josefa Lina de la Canal y Hervás y Flores, que me tenía enamorado.

Jamás vi en un rostro, ni en un retrato de mujer, expresión más dulce, ojos más bellos, boca más cautivadora.

Como yo, por cuestiones de familia y porque el capellán del templo, que lo fue el padre Sandi, me había sacado de la pila, gozaba en el templo de ciertos fueros y me colaba en la sacristía de tarde en tarde, a contemplar la efigie de la monjita; me pasaba las horas muertas frente a ella y sólo abandonaba la sacristía cuando el sacristán me indicaba que era hora de cerrar. Y me iba llevándome en el alma la visión de la fundadora, cuyos huesos yacen hace más de doscientos años y probablemente ya hechos polvo, en el coro bajo del santo recinto.

Tiene la iglesia, en su entrada principal, un gran cancel de madera, pintado de azul, que acuerda el tiempo de su fundación, con máximas morales escritas en negros caracteres en cada uno de sus paneles. De niño, me las sabía de memoria: "La conciencia es a la vez, testigo, fiscal y juez"; "De tus hijos sólo esperes, lo que con tus padres hicieres"; "Ama a Dios y ama a tu hermano: esta es la ley del cristiano". Menos mal que no se le ha ocurrido a nadie borrar estas sabias sentencias, ni modernizar la letra con que están escritas.

Crecí, pero mi mocedad no me impidió seguir enamorado del retrato de doña María Josefa Lina, mal pese a mis primeras novias

y repetía, de tarde en tarde, mis incursiones a la sacristía. Después, paseaba por el atrio o cementerio del templo y me solazaba viendo morir al sol entre los cipreses centenarios que allí crecen y observando los vuelos de los murciélagos y las lechuzas, que a esas horas comienzan a salir de sus nidos para emprender sus aventuras nocturnas.

Aquella tarde, el crepúsculo había sido más hermoso que nunca y ello que en San Miguel pueden verse las puestas de sol más maravillosas del mundo y me encontraba ensimismado contemplándola. El sol se hundía en medio de una fiesta de verdes, de amarillos, de azules y de rojos.

En ello estaba, cuando vi atravesar el atrio a una de mis primas con la que tenía amores. Me olvidé de la puesta del sol, del retrato de doña María Josefa Lina y de todo, para ir al encuentro de la mujercita rubia y ojiazul que tenía delante.

Frisaba mi primita en los quince años y era dulce e ingenua como una monja concepcionista.

—¿Cómo te va, preciosa?

—Muy bien, ¿y a ti? ¿Qué andas haciendo?

—Vengo de confesarme —mentí cínicamente.

—Pues a eso voy yo también.

—No has de tener muchos pecados...

—Menos que tú, seguramente...

—¿Por qué no me das un beso?

—Anda, sinvergüenza... ese sí que es pecado y grave...

—No es cierto: si acaso, es pecado venial que se perdona por "una de estas nueve cosas", como dice el catecismo del Padre Ripalda. Ni siquiera tienes que confesarlo: tomas agua bendita y ya...

Y tras de mucho rogarle y de decirme que era yo un hereje que iba a condenarme y, en fin, de ponerme pinto y como yo insistiera en lo del beso, me dijo con voz dulce e ingenua:

—¡Bueno... pues sí...; pero déjame cerrar los ojos...!

XX

HABÍA en el atrio del templo de San Juan de Dios, contiguo al hospital y al panteón del mismo nombre del Bienaventurado, una fuente cantarina, circundada de bancas de ladrillo y era costumbre acudir allí todos los viernes de Cuaresma a comer lechugas y pacholes, que son unas tostaditas de sabor, composición y contextura especiales, luego de haber rezado el Viacrucis en la iglesia y de haber ofrendado amapolas a la imagen del Señor de la Columna.

Esta venerada escultura del Redentor, me causaba gran tristeza y conmiseración en la niñez, pues era y es la representación más viva que verse pueda de la crueldad y del dolor.

Dos sañudos sayones, ataviados a la usanza de los soldados romanos del tiempo de Pilato, flagelan a Jesús con disciplinas y garfios. De la frente del Nazareno brotan rojos coágulos de sangre y sus espaldas se miran rojas, amoratadas, hechas garras. Tales sayones empavorecían a los párvulos, edificaban a las beatas y enfervorecían a los devotos indígenas, de entre los cuales uno, llevando la voz, cantaba a todo pulmón:

"Ya lo meten, ya lo sacan,
ya lo vuelven a sacar...
ya le pegan los doscientos
en su santo costillar...".

LA MARINA, S. A.

FABRICA TEXTIL

ALTA CALIDAD

AL SERVICIO DE LA
INDUSTRIA PESQUERA

Col. Santa María Insurgentes
Sándalo No. 58
México 4, D. F.

Teléfonos:
47-51-89
47-51-90
47-21-55

Varias generaciones de sanmiguelenses se han prosternado ante esta maravilla de arte que es el altar mayor de la iglesia.

A lo que la multitud contestaba a coro:

"¡Ay, carambas...! ¡qué aguantar!".

Y luego:

"Santísimo «menumento»
hijo del Eterno Padre...".

Y respondían los cofrades:

"¡Libra Virgen del infierno
a quien reza tu rosario...".

Había otros cantos y jaculatorias que se me han olvidado; pero recuerdo ésta:

"Elevemos nuestros cantos
y venido a ver ¿p'a qué?
¡P'a cantar las alabanzas
de Jesús, María y José...!".

Después, la grey rezaba el rosario, guiada por algún presbítero que en tono gangoso llevaba una parte de la devoción desde el púlpito y al final, y luego de las apostillas clásicas, bendecía a los fieles que, al unísono, se daban un monocorde golpe de pecho que repercutía en cien o más cajas torácicas; se rezaba "El Bendito" y todo concluía con un "amén" que hacía retumbar las bóvedas del templo.

En tiempos de sequía, peste u otras calamidades públicas, se llevaba a San Miguel, con escala en la iglesia de San Juan de Dios, la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, venerada desde tiempo inmemorial en el cercano Santuario de Atotonilco.

La caminata se iniciaba por el filo de la medianoche y llegaba a San Juan de Dios con los primeros rayos del sol, previo un alto antes de trasponer el Arroyo de la Arena para echar un tentempié y reponer fuerzas.

Ya en San Juan de Dios y previos zahumerios de copal y de incienso, se repetían a toda voz las "alabanzas" que se habían cantado durante toda la noche de caminata y se proseguía la marcha hacia la parroquia.

En alguna ocasión y cuando se trataba de sequía, diluviaba por el camino, los romeros creían en el milagro, pero llegaban al final de su destino bien empapados y no dejaba de mojarse la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús, cuando el agua no daba tiempo para cubrirla con la presteza debida.

XXI

¡LÁSTIMA que haya sido clausurado hace ya algunos años el viejo panteón de San Juan de Dios...! A mí me habría encantado salir volando de allí hacia el Valle de Josafat para la boruca del Juicio Final, resucitando de alguna arcaica y carcomida tumba que hubiera tenido esta leyenda: "A Perpetuidad".

En la barda donde se abre la puerta principal del cementerio, había escrito en caracteres de principios del siglo pasado, un soneto, cuyos versos finales decían:

"Y somos, al final de la jornada,
polvo, ceniza, vanidad y nada...".

Sí: yo habría estado hecho nada allí durante un sinfín de años; pero en el último día de los tiempos, habría resucitado y con alas propias, que, sin duda serían mejores que mis piernas, emprendería el último viaje, con el riesgo, eso sí, de darme un panzazo por el camino.

La hoy clausurada necrópolis me recuerda los borreguitos de alfeñique, las "frutas" de pasta de almendra y otras golosinas que sólo podían gustarse en mi tierra el día de Todos los Santos. Me recuerda, también, la "ofrenda" que de muchachos y como reminiscencia de las antiguas costumbres de los indios, poníamos en la sala de mi casa a mis abuelos y a un hermanito muerto en la infancia; el fiambre que el Día de Muertos se comía en todas las casas de San Miguel y mis primeras inquietudes sobre la muerte.

También trae a mi memoria el primer sepelio al que asistí en mi vida y que fue el de Rosita Corona, hija de mi padrino de confirmación y el segundo, que fue el de mi compañero de escuela Uvertino Vega, muerto cuando apenas si tenía doce años de edad.

Me recuerda, asimismo, a cuatro infelices a quienes vi fusilar frente a sus bardas, siendo yo ya mozo y a otro, compañero de los anteriores, que logró escaparse del pelotón con cinco tiros en la caja del cuerpo, metiéndose entre una cerca de magueyes y a quien me encontré años más tarde, vivito y coleando.

Me hace pensar, también, en las primeras calaveras reales que vi en mi vida y que se amontonaban en su osario sin orden ni concierto, ya que las calaveras de azúcar las conocía de sobra desde mis más tiernos años y me renueva las tristísimas impresiones de la tarde en que dejamos allí el cadáver de mi madre, tarde que me dejó clavado en el cerebro aquello de Bécquer:

"Dios mío, ¡qué solos se quedan
[los muertos!".

El panteón de San Juan de Dios tenía un delicioso encanto romántico, unas tumbas de más de cien años, unos encantadores epitafios, muchos de ellos en versos de la época de Espronceda y Zorrilla y un osario que empavorecía con sus montones de calaveras, tibias y fémures, sí que otros huesos mondos y lirondos; pero cuya contemplación era obligada, por no sé qué curiosidad morbosa, todos los días 2 de noviembre.

En sus altos cipreses anidaban tecolotes y lechuzas, cuyo fúnebre canto a la hora del Ticiano ponía los pelos de punta.

Alguna vez, del brazo de la novia, se me ocurrió recitarle aquellos versos de Lorenzo Stechetti:

"Del sol poniente, a las postreras [luces,
sola, enlutada, reprimiendo el [llanto,
mi tumba buscarás entre las cruces
del mudo y solitario camposanto..."

Ella se enterneció, brotó de sus azules ojos una lágrima y quiso besarme. Yo no lo permití por parecerme que era una profanación. Tal vez por eso y aquella tarde, se acabó el idilio.

Un tecolote pasó volando muy cerca, cantó lúgubremente y yo pensé, aunque sin ser indio, que me moriría muy pronto. Tal vez, por ser criollo, ando todavía dando guerra.

XXII

POR la noche del Viernes de Dolores, eran de verse en San Miguel los altares levantados a la Virgen de los Siete Puñales en numerosísimas casas. Si no se tenía confianza con los dueños, se les podía ver por la ventana, pues siempre se alzaban frente a una, generalmente la correspondiente a la sala; si se tenía amistad con alguien de la familia que había puesto el altar, se entraba a la morada y luego de cumplimentar a sus dueños, obsequiaban éstos a sus visitantes con un sabroso vaso de agua fresca, de chía, de limón o de horchata o bien, con una copita de vino de membrillo o de rompope, hecho por la señora.

¡Y había que ver algunos de tales altares! Quien más, quien menos, se empeñaba en ponerlo a todo lujo, desplegando como fondo, el tápalo de burato de la señora, o la sobrecama de Damasco rojo que casi nunca se usaba como tal, sino que dormía en los roperos, junto con las sábanas de lino usadas, acaso, con ocasión de la visita de algún pariente rico y, en contados hogares, con la de algún diputado o señor obispo.

Rodeaban a la imagen de La Dolorosa los mejores floreros de que podía disponerse, multitud de esferas verdes, azules o color de rosa e innumerables velas de cera en sus correspondientes candeleros de azofar y abundancia de macetitas y petatitos sembrados con trigo verde. No faltaban las naranjas forradas de papel plateado y con una banderita sostenida con un palillo de dientes, clavado en la fruta.

El altar de más postín, era el que ponía en su casa don Felipe Ortiz, casa cuyas puertas estaban abiertas y francas para todo aquel que quisiera trasponerlas.

Don Felipe se había enriquecido vendiendo carnitas de "puerco y puerca" —que, sin perdón, así se llaman, como dijo Cervantes—, birria, chanfaina y otras menudencias del Rastro. Tenía un prominente vientre y era atento y obsequioso por demás.

Apenas estaba uno en el cubo del zaguán, cuando aparecía él llevando en las manos una gran charola para ofrecer a su visitante un vasito de agua fresca o bien una copita de coñac "Gautier", que era el de moda entonces o de catalán "Fon", aguardiente tan fuerte que si se le aplicaba un cerillo ardía hasta consumirse.

Hasta para quienes visitaban la casa de don Felipe por primera vez, era muy sencillo orientarse, ya que en la puerta de cada una de las habitaciones lucía el correspondiente letrero indicador: "Recámara de don Felipe", "Sala", "Baños de Mar", "Comedor" y si alguno de los visitantes tenía necesidad de hacer aguas mayores o menores, poco se tardaba en ver el consiguiente letrero, escrito en inglés macarrónico que decía: "Water Clos".

Relucía el altar de Dolores de don Felipe como ningún otro en la ciudad. La imagen de la "Capitana del Martirio" era de tamaño natural, muy bella y muy bien alhajada; los cirios, casi del tamaño de los pascuales; las esferas, enormes, bellos los floreros, los candeleros relucientes, abundantes las esferas, el trigo y las naranjas doradas y plateadas, y de excelente calidad, las colchas y los tápalos que encuadraban el escenario.

Pero lo más notable eran las guarapetas que pescaban algunos de los devotos visitantes empinando el codo más de lo debido con coñac y catalán, gracias a la generosidad, la devoción y la opulencia de don Felipe debida a las carnitas y a los chorizos.

Él mismo comenzaba a trastrabillar con las primeras luces de la madrugada del día siguiente, hora en que ya se habían consumido la mayor parte de las velas y se retiraban, más o menos zumbos, los últimos y devotos visitantes. *Continuará*

CASA MUNDO

RESTAURANTE—BAR

Comida Española e Internacional.
Especialidad en mariscos

Versalles y Turín

Tel.: 46-66-27 México, D. F.

Atención personal de "MUNDO"

COSAS QUE PASAN

por Diego LEON

Un joven de la India estaba hospitalizado en Bombay a causa de trastornos nerviosos, cuyo origen no habían podido establecer los médicos que le trataban. Por fin, averiguaron que el paciente era empleado de un garaje; que un día había absorbido una gota de gasolina cuando estaba limpiando el depósito de un coche; que se aficionó al gusto de ella y le gustó tanto, que llegó a tomarse un litro por semana.

⊙

Resintiendo dolores nasales insoportables, una joven inglesa fue a ver al médico para que la atendiera el otorrinolaringólogo la examinó y descubrió que tenía un pequeño tumor en el paladar, precisamente al nivel de la nariz.

Recomendó la extracción del tumor y llevó a la enferma a la sala de operaciones y allí perdió toda su flema británica al descubrir una semilla de tomate que había germinado y echado fuertes raíces en el paladar de la enferma.

•

En un hospital de Managua, Nicaragua, hubo necesidad de acondicionar una sala especial para una familia víctima de una enfermedad desconocida. El padre, la madre y los cinco vástagos del matrimonio de edades que varían entre los 8 y los 21 años, están saltando continuamente y no hay manera de tenerlos quietos. Hasta ahora no se sabe el mal que padecen.

⊙

Hace años, el ingeniero alemán Eugen Brogglea, que trabajaba en una mina de carbón, decidió que aquello era muy peligroso y se fue del lugar. Siete años más tarde, una misteriosa explosión destruyó un túnel de la mina, y todos los compañeros de Brogglea quedaron sepultados entre los escombros. No se salvó ni uno solo, ni siquiera el propio Brogglea, que estaba a muchos kilómetros de distancia, y murió de un ataque al corazón, a la misma hora en que se producía el desastre en la mina. No pudo escapar a su destino.

•

La ceguera del genial compositor Bach la atribuyen sus biógrafos al hecho de que un hermano, celoso del talento del músico, le prohibió que viera o leyera un magnífico y enorme volumen de trabajos musicales. Bach, que necesitaba del libro, lo tomaba por las noches, y copiaba los trabajos a la luz de la luna. Durante medio año, el inmortal músico realizó esa tarea, perdiendo así la vista.

INDICE DE ANUNCIANTES

Artículos Mundet para Embotelladores (Sidral Mundet) .. 30
Bacardí y Cía., S. A. 79
Balcones al Mar (Bungalows). 32
Casa Mundo (Restaurante-Bar) 77
Canillera Nacional, S. A. (Refacciones textiles) .... *3a. forros*
Compañía Industrial México, S. A. (CIMSA) Especialidades industriales y herramientas de corte y precisión 70
Coto y Cía., S. A. (Ferretería) 21
Distribuidora Puig, S. A. (Whisky VAT 69) 26
El Pino, S. A. (Maderas, brea y aguarrás) 2
B. Barrera y Cía. de México, S. A. (Fábricas Barrera y sus distribuidores en el D. F.) .. 68
Hilados Selectos, S. A. 19
Jabones Finos, S. A. 66
La Marina, S. A. (Fáb. textil) 75
Madererías "Las Selvas", S. A. 59
Madería del Trabajo, S. A. .. 13
M. Alonso y Cía. (Madererías Cárdenas) 59
Mercado del Fierro, S. A. 78
Mex-Papel, S. A. (Distribuidora de papel) 64
Michoacana de Occidente, S. de R. L. (Elaboración de maderas de pino en medidas especiales). ..... *2a. de forros*
Pepsi-Cola Mexicana, S. A. ..... *4a. forros*
Redes, S. A. (al servicio de la industria pesquera) 62
Resinas Sintéticas, S. A. (Productos químicos industriales) 80
Restaurante Jena 73
Villasana y Cía., S. C. (Agentes aduanales) 54

Mercado del Fierro, S. A.

- LAMINA Y FIERRO COMERCIAL
- PERFILES TUBULARES
- ALAMBRON
- VARILLA
- ALAMBRES

DIRECTOR GERENTE: **E. MORLA**

Calzada de Tlalpan 991
COL. NIÑOS HEROES

Tels.: 19-63-12 y 19-65--11
MEXICO 13, D. F.